

EL REFLEJO OSCURO

DE UN
CABALLERO

MARGARET
HACKLENAME

D.J.57

EL REFLEJO OSCURO DE UN CABALLERO

Margaret Hacklename

Título original: EL REFLEJO OSCURO DE UN CABALLERO

© Margaret Hacklename AKA Javier Cosnava AKA Javier Navarro Costa

Queda prohibido, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Todos los demás derechos están reservados.

La literatura es siempre una expedición a la verdad

(Franz Kafka)

CÓMO NACE ESTA NOVELA

No hay siglo más complicado para un escritor de novela histórica que el XIV, donde hay tantos giros, desgracias, dinastías, reyes y pestes... que acaso sea conveniente rescatar de entre tanto infortunio el mundo de los trovadores de Occitania.

Os hablamos del amor cortés y de todos esos valores que entroncarán con los libros de caballerías como Tirant lo Blanch, el Amadís de Gaula y finalmente con el Quijote, en el que aquí hacemos un sentido homenaje.

EL REFLEJO OSCURO DE UN CABALLERO

(O la increíble y maravillosa historia del trovador Guillem del Luc)

I. Año del Señor de 1340. Occitania y luego Aragón

Una luna llena, gorda y ahíta pendía deslumbrante de las alturas, bañando con su mortecina luz a los habitantes de la Europa de la cristiandad.

La noche recién comenzaba cuando un mensajero del conde Esteve de Florac llegó al jardín de la buena señora Inmaculada Adoració del Perigord. El heraldo, poco experimentado en lances amorosos, irrumpió de forma grosera, sin el recato y la prudencia que se acostumbran en estos lances. Con ello queremos decir que el muy imbécil apareció en momento y postura poco propicios, pues el trovador al que buscaba se hallaba en trance de «penetrar» en la última de las etapas con las que los doctos hombres de letras que lo precedieron dividen el acto galante y misterioso de la conquista de una dama.

Como es bien sabido, un trovador aspirante a enamorado debe ser primero fenhedor y despertarse una mañana empapado en sudores, descubriendo (¡oh, maravilla!) que su corazón ha sido atravesado por las torcidas flechas de Eros. De esta guisa, el necio se esfuerza en entrever a su amada en el brumoso clarear de la mañana, tratando de aspirar el mismo aire ranciado que ella, postrada de rodillas en la iglesia e ignorante de los sentimientos que su mirada limpia y serena despierta en el nuevo fenhedor.

Sin embargo, esta primera etapa es en sí misma tan aburrida que los amantes más curtidos acostumbran a obviarla, no por falta de respeto a las estrictas normas de su profesión, sino acaso porque, empapados como están ya en sudores las más de las veces, y

predispuestos asimismo a través de sus versos a la métrica y musicalidad precisas para que el alma se acongoje y el espíritu se llene de esas emociones que otros necesitan enmarcar entre los finos ropajes de una hembra, les es más fácil acudir a la fase que sigue con la misma predisposición amorosa que el más sangrante y espontáneo de los enamorados.

En resumen, que nos dejemos de tonterías y vayamos directamente al grano, a la siguiente fase: la del prec, el ruego. Ah, ser pregador ya es otra cosa. Entregar cartas y poemas, arrastrar la miseria de la pasión rechazada en baladas o cançons, esperar a la dama en recovecos inverosímiles, reclamando un gesto de asentimiento, una mirada, una señal de sus pálidas manos...

Pero puede caerse fácilmente en la monotonía si esta fase dura más de unas pocas jornadas y, luego de un centenar de acometidas, termina el trovador cansándose de ver risas silenciarse tras unos labios coquetos, rubores que enmascaran deseos a los que ellas «desean» entregarse tanto como el mismo pregador y fingimientos varios que los años vuelven hastío, siempre inmersos en las mismas manidas repeticiones.

Y al fin llega ese gesto esperado, esa mirada. La dama no se sonríe, sino que sonríe al trovador; no se vuelve, sino que escucha arrebatada sus desgarradores aullidos de amor. Si hay suerte, llegados a este punto, la dama le entrega una prenda impregnada de un aroma pudoroso y perfumado. Para entonces el enamorado se ha convertido en entendedor, y comienza pues a planificar cómo «entenderse» con la buena señora cuando la ocasión sea propicia.

Ser un buen drutz (véase, un buen amante) y concluir así con las fases amorosas no es tarea tan fácil como pueda parecer. Si las manos del trovador son más raudas que su lengua y permite que sus dedos se deslicen equivocadamente más allá de donde su verbo florido ha logrado convencer a la dama que debe atreverse, pueden bien irse fácilmente al traste sus esfuerzos; no obstante, aprisionados como están los apetitos de las mujeres a las normas

de la sociedad medieval, asfixiados como se hallan sus deseos tras tutores, ayas, confesores, pretendientes y otras obligaciones, las damas que tienen el buen gusto de elegir a un trovador como su drutz y ferviente amador acostumbran a manejar manos y lengua con tal voracidad que las palabras son en adelante innecesarias en pago a tantos epítetos baldíos con que otrora dibujaran sus pechos o sus nalgas... Y que ahora bailan, saltan y se abren a una alegría que justifica por sí sola esa osada forma de vida que llevan los trovadores, tantas veces alabada, tantas veces denostada.

Mas ocurre en ocasiones que alguna cosa distrae a los amantes del instante de la victoria final. Lo más común es que el responsable de esta impiedad sea el gilós o marido celoso, que despierta abruptamente del sueño con una extraña pesadez en la frente, llámese embotamiento o cornamenta, alarmado por los gemidos que llegan desde el jardín o la terraza o de cualquier otra parte. Este personaje, el gilós, es el más excusable de todos, y de hecho su presencia suele resultar poco deseada, aparte de propiciar irremediamente un apresurado telón para nuestro pequeño drama.

Ha quedado dicho, a poco que recordéis, que no fue inicialmente el gilós sino un patán entrometido el que, pretextando órdenes del conde Esteve de Florac, tuvo a bien interrumpir una galante excursión bajo los pliegues del vestido de la muy lozana señora Inmaculada Adoració del Perigord. Esta era nada menos que la esposa del caballero Ribel del Perigord, llamado nafrasahraïns, que bien podríamos traducir por «hiere o acuchillamoros», un catalán que se había ganado una merecida fama y tan singular sobrenombre luego de acompañar, apenas un década atrás, a los cruzados de Aragón y de Castilla que combatieran contra el reino de Granada en la batalla de Teba. Se dice que estaba a la diestra del rey de Aragón cuando se firmó la paz de Teba, por la que el emir Muhammed IV de Granada quedaba obligado a pagar parias y a una tregua de cuatro años.

—Os llama nuestro señor el conde ordenándoos que acudáis a su presencia a la mayor brevedad —dijo el entrometido luego de descubrir el cráneo del trovador bajo el faldón de la señora Inmaculada, pues había quedado prisionero del vasto entelado luego de volver del revés a la dama y embestirla con singular y antinatural fogosidad.

—¿Y no puede esperar una hora nuestro amo, a que me encomiende a Dios Todopoderoso y rece tres padrenuestros y diez o doce avemarías? —respondió el trovador con voz entrecortada.

—En realidad, me dijo que el asunto debía resolverse con la mayor diligencia —repuso entonces el entrometido—. Me conminó a que os arrastrara del pescuezo allí donde os hallase, fuera iglesia, taberna, hacienda o prostíbulo.

—Me hiere mi señor el conde pensando que yo podría frecuentar lugares como alguno que decís —opinó su interlocutor—, y que hubiera de pagar por aquello que, a poco que uno disputa, le otorgan como premio las más graciosas damas de la cristiandad.

Hizo entonces aparición la noble figura del gaita, el guardián, que no pasa en verdad de ser un trovador o juglar amigo, habitualmente borracho, que vigila en los alrededores del lugar donde se consuma la última fase amorosa para evitar que bien un gilós bien un entrometido vengán a aguarle la fiesta al pobre enamorado, que seamos sinceros, lo único que demanda es un poco de intimidad.

—¿Qué pasa? —dijo el gaita con fuerte acento polaco, pues había llegado unos años atrás de las tierras de Poleni hasta la comarca del Languedoc, huyendo de la justicia por asesinato.

—Eso digo yo, amigo mío, pues me temo que tenáis encomendada la tarea de guardarme de extraños como este —objetó el trovador, señalando al entrometido—. Y creo que no habéis cumplido con éxito vuestra misión.

—Me dormí —dijo el polaco, encogiéndose de hombros por toda explicación.

Ese fue el momento que escogió la muy casta dama Inmaculada del Perigord para lanzar un profundo suspiro y girar la cabeza para mirarlos a todos con desaprobación.

—¿Quiénes son toda esta gente, Bernat?

Porque ha llegado la hora de revelar que el trovador que protagoniza esta historia no es otro que Bernat Conejo, famoso descendiente de los Conejos del Valle de Elorz, parte de cuya familia se había instalado en la Occitania que durante siglos se disputaran Aragón y Francia, alcanzando la victoria esta última en Muret y poniendo el punto final a la expansión aragonesa más allá de los Pirineos.

Y es de lamentar que no haya tiempo para mayores presentaciones, pues se ha de revelar en esta hora que al fin hizo su entrada triunfal el último y muy denostado personaje de aquella noche de infausta remembranza: el gilós o celoso, el mismísimo Ribel del Perigord, rodeado de una veintena de secuaces de su mesnada, cubiertos todos de sangre y con rostros francamente poco amistosos, venidos antes de tiempo de alguna piadosa excursión contra algún feudo musulmán.

—¡Oh, Dios! ¡Inmaculada Adoració, esposa mía!

Ribel se acercó hasta donde la dama, aún de rodillas, intentaba recomponer sus vestiduras, pero tan pronto el caballero llegó a una prudente distancia distinguió detrás la figura del trovador, y más allá a un mensajero entrometido y al amigo gaita, que parecían sinceramente preocupados y ensayaron una reverencia. Ribel dirigió una mirada perdida a aquellos intrusos que esperaban en fila tras su esposa.

—¿Los tres? —susurró con un hilo de voz.

—En realidad, solo yo —se atrevió a murmurar Bernat mientras se subía los calzones—. Y si aguardáis un instante solamente, ni siquiera yo.

Se hizo el silencio, unos de esos silencios densos donde todo tiene cabida salvo el propio silencio.

—¡Perros! ¡Voy a arrancaros el corazón! —gritó el bueno de Ribel, extrayendo una centelleante espada de su vaina.

Bernat Conejo, veterano de estas lides, ya se había encaramado al muro más cercano y saltaba presuroso al otro lado, donde lo esperaban las callejuelas tortuosas de Perpinyà. Por desgracia para ellos, ni el estúpido entrometido ni el buen gaita tuvieron la suerte ni el instinto de supervivencia de su lado: el primero fue alcanzado por una saeta en la espalda mientras trataba de ascender el antedicho muro, y su efímero compañero polaco de correrías dejó la vida desmembrado por el acero de Ribel y el de una docena más de los suyos que, como ya se ha explicado, venían de muy mal talante, airados y prestos a la cólera tras su última excursión contra los moros.

* * * * *

A los pocos días, y sin otro percance que el de huir a la carrera de una ciudad tan hospitalaria como Perpinyà, alcanzó Bernat la frontera del Languedoc con la comarca de Guiena, que conformaban dos de la siete regiones del país de Oc u Occitania, una comunidad lingüística sin Estado, pues sus territorios formaban parte en su mayoría del reino de Francia, aunque también de Navarra, de Aragón y hasta del fugaz reino de Mallorca, que en poco tiempo regresaría definitivamente al propio Aragón. Bernat era natural de la cercana Carcassona, a la que consideraba la más bella ciudad del orbe.

El castillo de su benefactor, el conde Esteve, se hallaba enmarcado entre dos cerros majestuosos y se accedía por un camino suave y bien empedrado, por lo que alcanzó su destino sin más contratiempos, entretenido a lomos de su caballo en la lectura de La historia de España de Alfonso X el Sabio, su libro de cabecera y aquel que amaba por encima de todos, pues admiraba al genio que había revolucionado la cultura del sur de Europa, un historiador, científico, escritor y poeta, pues también era autor de las Cantigas de Santa María en lengua galaicoportuguesa. Alfonso X había normalizado el uso de la lengua castellana pero sin desprestigiar las otras lenguas peninsulares, que todas cultivaba, y a través de la Escuela de Traductores de Toledo centenares de obras maravillosas habían sido traducidas. Bernat sostenía que si en Occitania hubiese nacido un Alfonso X tendrían su propio reino y no serían una encrucijada de pueblos aragoneses, franceses, catalanes o navarros, sino una sola patria: el país de Oc. De hecho, buena parte de aquella tierra había sido la región visigoda de la Septimania, la de esos godos que habían dominado la península ibérica durante siglos y formado el primer país unificado en sus fronteras. Y es que el pasado de la Septimania (o Gothia, como la llamaba Carlomagno), del Languedoc, de Tolosa y de la Occitania estaba tan

ligado a España como Castilla, Navarra, Aragón, Cataluña, Valencia, Portugal o cualquier otra región de la península. Por eso siempre llevaba La historia de España consigo, y no había fiesta ni velatorio, cena o jarana, a la que no acudiera sin una copia.

Su señor el conde lo esperaba en la sala de ceremonias, rodeado de huéspedes y de aduladores enmarcados entre enormes chimeneas de las que emergían llamas atronadoras. Llegó Bernat a tiempo de oír cómo el címbalo anunciaba el primer yantar, el de la hora tertía, pues era costumbre del conde comer fuerte a primera hora, sin las inútiles esperas que hacen la vida tan escandalosamente previsible.

Advirtió enseguida los vasos y aguamaniles de oro y supo el trovador que su señor estaba contento, pues en pocas ocasiones lo había visto hacer uso de tanta ostentación sin motivo, sustituyendo el bronce y estaño habituales por el dorado metal. No dejó tampoco de apercebirse de que en la mesa principal comía el conde en soledad mientras que sus inferiores lo hacían en derredor, ruidosos y zafios, muchos de ellos al borde de la embriaguez a pesar de haber empezado la comida hacía pocos minutos.

—Mi buen Bernat, siéntate a mi lado.

Obedeció. Lo conocía desde que era un adolescente de dieciséis años, y ahora, con treinta recién cumplidos, lo respetaba como a las musas de la Pieria.

—Se os ve contento, mi señor.

—Oh, sí... —dijo Esteve mientras un sirviente sustituía el paño de mesa por uno limpio—. No hay nada mejor que un placer largamente aguardado. En verdad dicen que este manjar que tanto ansiaba debe comerse frío.

A una señal suya, el obispo de Tolosa, al que Bernat había visto al entrar dormitando sobre los panes que debería haber bendecido al principio del yantar, fue sacado de los brazos de Morfeo para trinchar la carne, acción que correspondía en verdad al señor de la casa pero que el conde dejó en manos del clérigo, lo cual pareció

satisfacerle sobremanera, pues comenzó a dar grandes bocados a la pieza que acaban de traer asada al espetón de las cocinas en lugar de apedazarla para el resto de comensales. Al final hubo de sustituirlo un hidalgo de la casa del conde. Este, obsequioso, comenzó a tajarla en gruesos pedazos que pronto hicieron lanzar vítores a sus vasallos, que esperaban babeando sobre sus platos dorados.

—Me hablabais antes de la venganza, ¿no, mi señor? —dijo entonces Bernat, retomando la conversación—. Cuando hicisteis mención a ese manjar que se come mejor frío.

—Oh, sí, joven Bernat. Pero decidme, ¿que pensáis de la venganza?

—Nada, en realidad. Si me pagáis mi intervención como de costumbre, seré capaz de creer en ella a pie juntillas. Si es solo parte de la conversación, os escucharé atento e indiferente. Sabéis que en mi vida he elevado juicios morales de bien pocas cosas.

Rió el conde Esteve, como si hubiese dicho algo muy hilarante. Aunque a Bernat no se lo pareciera, rió a su vez con sonora carcajada.

—Quiero que convenzáis a un trovador anciano llamado Guillem del Luc para que os acompañe a la batalla que pronto ha de librarse entre Castilla y los benimerines, cerca seguramente de Tarifa. Guillem es un hombre extraordinario, como bien pronto apreciareis. No os será fácil convencerlo para que se os una en la aventura, mas recordad que sin él no hay aventura ni premio ni venganza posibles.

—¿Qué decís, mi señor?

Bernat miró un momento en derredor, convencido de que estaba hablando a algún otro, pero todos comían la carne tierna ruidosamente, ajenos a su conversación: infanzones, caballeros y rics homes como el conde tragaban la sabrosa carne roja con avidez, reían y chillaban con gruesos gajos cayéndoles de los labios y se lanzaban cucharas, escudillas, tazas y hasta algún cuchillo, de

tal suerte que finalmente hubo de reconocer que su señor estaba hablando solamente para Bernat de Carcassona.

—Pero seguramente sabréis que si hay que dar fuerte en el orgullo de alguno de vuestros rivales y fuere necesario levantar los faldones de su esposa, de su hermana o aún de la menor de sus hijas, lo haré gustoso y hasta complacido. Incluso si hubiere que apalear en una esquina a algún rufián que mal habla de vos, encontraré en las tabernas quien lo haga o yo mismo alzaré embozado el garrote. Si acaso deseáis que invente un sirventés tan insultante y con tan grande chanza contra ese Guillem del Luc que todos más allá de la tierra de Oc y aun de la Corona de Aragón o de Castilla rían como posesos al leer el poema y el malvado se sienta impotente y castrado como Urano ante la hoz de Cronos, estoy a vuestro servicio... Pero mi señor, ¿soy yo, pobre trovador, acaso el que necesitáis para una empresa militar de tan grande envergadura? Hará pronto diez años de la última vez que empuñé en una justa la espada. Me he convertido en un hombre de puñal, de bullicio y de invectivas o lisonjas en versos pareados. No soy el hombre que buscáis.

El conde Esteve lo miró fijamente, miró dentro de su vasallo, más allá de sus miedos y de su arrogancia o sus miserias. Al fin y al cabo, aquel hombre había sido su mentor cuando despertó a la vida.

—Lo harás, mi fiel Bernat. Lo harás porque solo tú puedes hacerlo. Lo harás porque cuando murió tu padre y te arrojó tu hermano primogénito de tu casa como iuvenis, un caballero joven sin nada más que su caballo y sus armas de combate, yo te acogí entre los míos. Lo harás porque me lo debes. Lo harás porque será lo último que te pida. Y lo harás, sobre todo, porque la paga no será como siempre una bolsa llena de dineros, o muchas monedas de oro y de plata... Cuando todo esto acabe tendrás tu propia heredad, tu hacienda con tus sirvientes, tu ganado, tu clientela y tus almacenes, y podrás visitar la hacienda de tu hermanos como un

igual, y muchos dirán de ti que aventajas en mucho a cualquier otro del linaje de los Conejos de Carcassona.

Tenía razón. Bernat lo había perdido todo a causa de esas estúpidas leyes de la herencia que dictaminaban que el mayor de los hijos de un noble lo heredaba todo y al pequeño no le quedaban ni las migajas. Lo curioso es que en el Languedoc la mayor parte de la nobleza y los rics homes se inclinaban por repartirlo todo a partes iguales entre los hijos, pero su padre admiraba las costumbres del reino franco de los Capetos, y Bernat, en lugar de la mitad de una gran fortuna, no tenía nada. De no ser por el conde Esteve estaría muerto o sería un mendigo tirado en el arroyo. Ahora, en lugar de eso, era un trovador, un compositor bien instruido y con un verbo punzante cuyos poemas cantaban los juglares en villas y caminos. No se podía quejar. Llevaba una buena vida y todo eso era gracias al hombre que tenía delante.

—Lo harás por mí —insistió entonces el conde.

Bernat miró fijamente a su señor y no pudo responder. Se limitó a escuchar ceñudo el plan del conde y descubrió que, en verdad, la venganza es un plato con el que puede uno atragantarse. Caliente o frío, aquel que se entrega a sus excesos, como en el amor, ya no vuelve a ser libre.

* * * * *

Ha llegado el momento de hablar de Guillem del Luc, y así debe hacerse puesto que es de él de quien desde el principio es preciso dejar constancia para que su memoria no se olvide y se la lleve el viento, como en justicia ha de pasar con hombres como Bernat Conejo o de Carcassona, que han venido a este mundo a disfrutar de él, a someterlo como a una ramera y no a trascenderlo, a brillar como una estrella en un resplandor de fuego, inmenso, magnífico y necesariamente fugaz.

Según los espías del conde Esteve de Florac, Guillem se hallaba en el castillo de Polpís, una encomienda de la Orden de Calatrava. Inició Bernat su viaje despidiéndose de su señor para luego a atravesar el Languedoc y penetrar en territorios de la Corona de Aragón, en Cataluña, donde no frecuentó las grandes urbes ni las zonas comerciales o en ferias como Gerona, Granollers, Martorell, Vilafranca o Barcelona, por miedo a que su natural inclinación a buscarse problemas trastocase los meticulosos mandatos de su amo, y se aventuró solamente donde le fue necesario para llenar las alforjas y dar descanso a sus pobres huesos.

Por fin traspasó las fronteras catalanas para adentrarse en los territorios conquistados cien años atrás a la taifa de Valencia. Con la mano siempre en la empuñadura de la espada, avanzó cauteloso por villas derruidas y poblaciones de nuevo cuño, sabedor de lo fácil que es en tierra de nadie degollar a un forastero por unas pocas monedas o para quitarle su caballo. No dejaba de pensar que el buen rey Pere IV de Aragón habría dado orden de vigilar los caminos, pero solo los necios se contentan con tales seguridades y es mejor no confiar demasiado en príncipes ni en soberanos, que suelen estar demasiado ocupados engrandeciendo su efigie, en pugna por perdurar en el tiempo, como para ocuparse de las menudencias que acongojan a sus súbditos.

Y lo cierto es que la Reconquista avanzaba lentamente no solo por falta de interés de los reyes cristianos, sino como parte de su estrategia. La eterna cruzada había modelado la forma de ser de sus gentes, y a veces le parecía a Bernat que tener a un enemigo en Granada ya les venía bien para que el espíritu indómito de aquel pueblo no se perdiese. La repoblación de los terrenos ganados a las taifas proseguía sin prisa pero sin pausa, las nuevas poblaciones habían obtenido concesiones de nobles y soberanos a cambio del riesgo de vivir en la frontera con el moro y ser, de facto, la primera línea de defensa. Tantas eran las ventajas que se daban a los que emigraban que en Aragón se tuvo que crear la remensa, un impuesto que debían abonar los campesinos para abandonar las tierras de los nobles; de lo contrario, estas habrían quedado despobladas. Cartas pueblas, behetrías, fueros y estatutos defendían a estos campesinos armados de frontera que contemplaron cómo, al tiempo que ellos prosperaban y se multiplicaban las cosechas, renacían las ciudades cristianas (hasta ese momento casi abandonadas), se revitalizaba el comercio y las monedas circulaban de mano en mano a gran velocidad. La civilización ya no era solo cosa de los musulmanes, y hasta la Iglesia, con las nuevas costumbres de franciscanos y dominicos, estaba cambiando camino de la razón y alejándose del oscurantismo.

Pensando en todas estas cosas y siempre siguiendo la línea de la costa, Bernat Conejo alcanzó Peñíscola. No mucho después pudo entrever en la lejanía la fortaleza de Polpís, en la que había oído que se libró una gran batalla cuando fue arrebatada al moro en tiempos de Jaume I. Al acudir a sus ojos la larga pendiente, la barbacana defensiva y las altas torres, incluso le pareció oír los lamentos de agonía de los muertos y los alaridos feroces de los musulmanes. Tal es el poder de la imaginación y su capacidad para embelesar y para subyugarlos.

Por un interminable talud escalonado alcanzó al fin la puerta de entrada y pudo acceder libremente a las dependencias del castillo. No tardó en ser informado de que el hombre al que había venido a buscar se hacía llamar Publio de Sulma, y que en ese momento se hallaba en el patio bruñendo su escudo, actividad a la que, según le dijeron, se entregaba con fruición todos los días de la semana antes de la misa de la tarde.

—Publio de Sulma... Ovidio, supongo —dijo a la figura encorvada en el suelo, que halló por fin casi al tocar la muralla sur.

Porque Guillem del Luc insistía en que lo llamaran de tal forma sin que nadie supiese la causa. De hecho, salvo los hermanos más antiguos del castillo, pocos conocían su verdadero nombre.

—¿Quién pregunta por él?

—Un hombre que viene de muy lejos para tratar un asunto de honor.

—A Publio de Sulma no le interesa el honor. Ovidio el poeta, como bien habéis adivinado, está exiliado lejos del mundo, al que ya no ha de regresar porque nadie abandona Tomi, el país del olvido.

No reparó Bernat en las profundas quemaduras que apedazaban sus mejillas y su cuello hasta que vino el anciano a devolverle la palabra. Perfilaban un cráneo sin cejas y sin apenas cabellos, la mayor parte pendiendo deshilachados sobre su frente.

—Publio Ovidio, nacido en Sulma, el gran poeta romano del amor, habría sabido apreciar el gesto y la admiración de un hombre tan grande como Guillem del Luc.

Pero Guillem, en lugar de sorprenderse de que Bernat conociera su secreto, volvió a darle la espalda.

—Tal vez seáis joven cultivado, tal vez creáis que habiendo descubierto la pequeña ocultación y pueril engaño de un hombre viejo os halláis en buena posición para negociar lo que sea que pretendierais de él, pero no creo que me conozcáis en verdad ni que seáis un hombre digno de mi confianza. Vuestros modales son tan

finos que parecen de mujer, y vestís como una cortesana. No, no sois hombre con el que deba perder mi precioso tiempo.

Bernat repasó por un instante sus vestiduras y no halló razón que justificase sus reparos. En realidad, a causa del largo viaje, su aspecto no era el mejor que recordase: sus calzones escarlata estaban manchados de barro, su sombrero había perdido el oropel de plata, y en el cendal, aunque de la más rica seda, apenas se advertían los adornos ambarinos que hacían juego con sus espuelas bañadas en oro a causa de la suciedad.

—Vos mismo decís que os habéis retirado de la vida terrena. Tenéis todo el tiempo del mundo, maestro Guillem.

—Pero no tiempo que perder con vos.

Bernat dio un paso atrás, ofendido. Es fácil desairar a un cretino pagado de sí mismo. Con su paso más distinguido, se encaminó hacia la salida resuelto a terminar con todo aquel absurdo juego de venganzas. Solamente dijo, entonando con voz modulada y calma:

—Bien está, caballero. Buenas tardes.

Pero Dios Todopoderoso había previsto para Bernat de Carcassona y Guillem del Luc un destino común y desdichado que pronto habrían de descubrir.

—¿Ya os rendís, mi joven amigo?

Bernat se detuvo.

—¿No era ese vuestro objetivo?

—Los objetivos de un anciano son tan difusos... Incluso para él mismo.

Guillem se llegó hasta el orgulloso doncel erguido desafiante en el centro del patio y lo cogió del brazo con una mano callosa y arrugada.

—Llevo soñando con vos desde hace más de un mes. Esperaba vuestra llegada, si bien en un primer momento me ha costado reconocerlos con esas galas de bufón.

Sueños. El mayor peligro para un poeta. La realidad es tan parca y el sueño tan desmedido... La primera tan mísera en estipendios

mientras que el segundo asemeja no tener límites que no podamos franquear. No, a Bernat no le gustaban las fantasías, recelaba de ellas. El soñador es incapaz de ser feliz estando despierto, y de anhelar el sueño a anhelar la muerte solo hay un paso.

—Pero recuerdo que en mi visión no llevabais polainas ni adornos o perifollos. Vestíais como un caballero de una orden militar y combatíais como el más valiente de sus soldados.

—Ese hombre no puedo ser yo —declaró Bernat, sin pensarlo dos veces.

—Y en mi sueño enarboláis mi escudo, y lo plantáis frente a un sinfín de enemigos, y estáis dispuestos a combatirlos con denuedo en nombre de la amistad y del amor verdadero. Y no flaqueáis porque vuestra determinación es más grande que el instinto de preservar vuestra propia existencia.

Bernat se echó a reír.

—Yo vivo por amor, pero no moriría por él, ni por la amistad, ni por nada, mi señor.

—Y en mi sueño doblegáis a más de la mitad de vuestros adversarios, pero al final hincáis la rodilla y os ensartan mil saetas aunque en su momento tenéis la oportunidad de huir, pero preferís la muerte al oprobio, a un día más en este mundo de hipocresías y falsedades.

—Definitivamente, mi señor Guillem, ese hombre no soy yo.

El anciano, aún cogido de su brazo, lo llevó del patio a los edificios administrativos y de estos a la torre del homenaje. Una vez allí, tomó asiento con la espalda apoyada en la pared y sobre un mullido almohadón de los muchos que había en el suelo. Con un gesto, le indicó que hiciese lo propio.

—En mis sueños...

—Mi señor —dijo al fin en alta voz, harto de aquella letanía—, el hombre del que me habláis no puede, en ninguna forma concebible o imaginable, ser el que os habla, Bernat Conejo de Carcassona,

trovador ocasional, degustador de los placeres mundanos, hidalgo de la tierra de Oc.

Guillem asintió como distraído.

—Os creo, muchacho, os creo. No pretendía contrariaros. De una cosa estoy seguro: el hombre de mis sueños, ese hombre... Aún no sois vos.

Quedaron los dos hombres mirándose expectantes, como si se les hubieran acabado los argumentos.

—Mientras, antes de escuchar vuestras razones, permitidme que os cuente una historia —añadió Guillem—. A través de ella me conoceréis algo mejor, y ya que venís a hacerme un ruego en nombre de un asunto de honor que aún no me habéis explicado, bien os parecerá saber con quién estáis tratando.

II. El pasado. Ana Hélène

Guillem del Luc nació en alguna parte del país de Oc, como vos mismo, hace ya sesenta y cinco años. Hijo de un vizconde venido a menos, señor del Luc, la familia solo mantenía uno de los cuatro castillos que habían pertenecido a su casa. Cuando su padre el vizconde murió, su hermano mayor heredó la menguada fortuna familiar y el joven Guillem tuvo que abandonar el castillo en el que creció para entregarse a la vida nómada del iuvenis. Su familia insistió grandemente en que tomase los hábitos y se pusiese al servicio de Dios, pero para tomar una decisión como esa hay que nacer atraído hacia las etéreas e insondables abstracciones del buen Jesús, y Guillem del Luc siempre ha estado más cerca del empedrado de las calles que de las alturas del cielo.

Le gustaban las lecturas y no solo en occitano o en francés, sino que disfrutaba de las jarchas mozárabes, esas cancioncillas musulmanas o judías a las que los cristianos de la península ibérica ponían letra. Leyó varias veces el Cantar de mío Cid y las obras de los grandes trovadores a ambos lados de los Pirineos, el llamado mester de juglaría u obras compuestas para ser dichas en alta voz por actores, juglares y todos aquellos que entretienen al pueblo llano, pero no despreció las grandes obras de los clérigos, el llamado mester de clerecía, como las hagiografías en verso de Gonzalo de Berceo. También disfrutaría años más tarde de la obra del infante Don Juan Manuel, pues amaba de igual forma el mester de cortesía; es decir, las obras hechas por cortesanos, y El conde Lucanor siempre le resultaría una obra deliciosa. Mas donde halló el placer más sublime fue en los escritos de Ramón Llull, místico,

filósofo, escritor, erudito y alquimista, una de las máximas figuras literarias de la época. Todo le parecía poco a la hora de formarse para ser un gran trovador, mas sin dineros en la bolsa, su destino era más bien el de un mendigo que el de uno de aquellos artistas a los que tanto admiraba.

Así que el joven Guillem ingresó en una banda. ¿Qué otra cosa sino? No tenía mentor, ni siquiera un iuvenis mayor que le enseñase el camino a seguir, sus reglas y sus trampas, así que se sumó a un pequeño grupo de caballeros de baja ralea, de origen, como el suyo, occitano, que iban de torneo en torneo intentando ganarse la vida lo mejor que podían (veo en vuestros ojos que la historia os resulta familiar; después de todo, acaso no seamos tan distintos). Aquellos hombres nunca buscaban la gloria, ni siquiera soñaban en participar en la gran batalla final en que las grandes casas o ducados (Champagne, Bretaña, Francia, Inglaterra...) se unían norte contra sur o este contra oeste para dilucidar ganancias morales o sacar a la luz viejas rivalidades que a nadie importaban más que a ellos, aunque bien es cierto que a veces nos sumábamos a unos o a otros cuando estaban en situación comprometida y la paga era asaz cuantiosa como para aconsejarlo.

Y es que el iuvenis solo pelea por el dinero o por el placer del combate, y Guillem pronto destacó en las joutes plaidisses, o justas para jóvenes, y fueron tantos los caballeros que derrotó, las armas, adornos, arneses y caballos que arrebató a los vencidos, que pronto su nombre fue de boca en boca, y en las justas se asociaban tres o más caballeros para derrotarlo, y aun en muchas ocasiones no bastaban y acababa la tarde con Guillem amodorrado sobre los cuerpos doloridos y cubiertos de moretones de media docena de confusos caballeros. El tiempo hizo el resto, y llegó el día en que la banda en la que estaba Guillem fue la banda de Guillem, y dejaron sus compañeros en sus manos negociar los contratos con los responsables de los grandes torneos, y pusieron la caja de los dineros en sus manos, y era él quien repartía las ganancias con sus

hombres una vez había pagado a los subalternos y descontado los gastos de comida, alojamiento, herrería para arreglar los desperfectos de las armaduras y compra de nuevas armas, entre otros. También era el que decidía quién era digno para seguirlos en interminable comitiva de carretas por los caminos hacia la próxima justa, fuera prostituta, usurero, jugador profesional o saltimbanqui.

Todo cambió con la aparición en escena de Ana Héléne de Saint Ponç. ¿No es un hermoso nombre? Si ella no hubiera aparecido en su vida, seguramente seguiría Guillem regentando su valerosa banda de iuvenes y un día lo alcanzaría la muerte hablando con sus compañeros en alguna granja apartada, entre rebaños de ovejas y de cabras que se habrían ganado con el sudor de sus cuerpos embutidos en yelmos y corazas. Pero esta ensoñación es, como todas, estéril y necia.

Ahora hablaré de mí en primera persona, pues al aparecer ella en esta historia es cuando puedo al fin hablar de Guillem del Luc como un ser individual, pues es cuando realmente desperté a la vida.

La vi por primera vez en las calles de Pleurs, en pleno corazón de la Champagne, paseando junto a su hermana Irene y su aya, camino las tres de la iglesia. Despedía Ana Héléne un haz de aromas y de sensaciones que solo el que ha estado alguna vez enamorado puede entender. Vos, mi buen Bernat, me temo os hayáis dedicado tanto al cortejo que nunca abristeis vuestro corazón a la magia y la maravilla de hacer de una sonrisa el motivo de vuestro estandarte.

Aquella tarde, cuando comenzó el torneo de la ciudad, me bajé del caballo, dije a los míos que estaba cansado y dejé que alguno de los más veteranos tomase mi lugar a la cabeza de nuestra tropa. Nadie discutió mi decisión porque confiaban en mí tanto como yo en ellos, y cuando me vieron abandonar los verdes campos donde se desarrollaba el encuentro para regresar a Pleurs nada vinieron a decirme porque ellos también eran hombres y caballeros de honor, y

acaso descubrieron en mis ojos el brillo del amor fou, el loco amor, esa emoción deliciosa y traidora que te roba el alma.

La busqué a la salida de la iglesia durante los diez días que duraron las justas y bastaron para ganarme su corazón, o al menos eso creí yo. Mi diosa no tenía sino diecisiete años y la habían prometido a un hombre mayor, de la edad que ahora tendréis vos, señor Bernat, unos treinta. Se llamaba Raoul de Gavaldà y tenía un castillo no muy lejos, en las montañas. No era muy noble hidalgo, también era un hijo segundón, pero tenía su propia heredad y podía disponer de su vida, porque ya debéis saber que el hombre sin patrimonio no puede disponer de ella y erra en manos de Dios y de su inextricable voluntad.

Me enamoré. Nos enamoramos. Creo que ya os lo habíais imaginado. En brazos de la negra noche, y con la aquiescencia de su aya (una buena mujer que la había criado y solo quería ver feliz a Ana Hélène) nos entregábamos al retozo, al beso más recatado y a la contemplación sublime del ser amado, juntando nuestras manos en un roce de nuestros espíritus y de nuestra piel, pues no ha habido ni nunca habrá unos dedos tan finos, de un tacto suave y aterciopelado, unos dedos que no puedo rememorar sin emocionarme. ¿Os sorprenden mis lágrimas, señor Bernat, trovador de la tierra de Oc? Sé bien que los hombres como vos nunca lloran si no es para impresionar a una bella dama en la que encontráis demasiada resistencia y no se aviene a mostraros lo que se esconde bajo su vestido, pero hay una parte de mí que no puede olvidar a esa mujer, tanto da que su cuerpo lleve pudriéndose bajo tierra tantos y tantos años, tanto da que sea incapaz ya de recordar su mirada, su olor, los tonos caprichosos que el sol dibujaba en su faz durante nuestros paseos o la forma en que sus labios se hacían uno con los míos. Nada de eso importa porque mi corazón se parte en dos cuando oye su nombre y recuerda, porque el corazón también recuerda, ¿sabéis? Y recuerda mejor que nosotros. Como un ciego, recuerda matices de lo que a nosotros nos era visible, y

así es capaz de recordar las cosas como en verdad eran, y en su esplendor se acongoja el alma como el primer día.

La muerte del padre de Ana Hélène fue la antorcha que encendió el fuego de mi desgracia. Una noche, cercana ya la Natividad de nuestro Señor, comió en exceso y se retiró ebrio y pesado hacia al lecho, arrastrado por cinco criados. Vomitó dos veces. Al día siguiente ya agonizaba. Supongo que la estrella de uno se apaga con el mismo estupor y la misma diligencia con que empieza a brillar.

Pronto los familiares rondaban el lecho lamentándose y extendiendo las manos en busca de las migajas de su fortuna que pudieran rapiñar. El pobre hombre llamó a la mayor de sus hijas y a Raoul, su pretendiente, y les ordenó consumir el matrimonio tan pronto la decencia y el dolor de la pérdida lo permitiese, y ambos juraron ante el moribundo que así lo harían.

Expiró en la madrugada, rodeado por dos abades y un novicio de la Orden del Temple, a la que el viejo entregó su alma en la muerte. Uno de los monjes, que había sido sargento luchando en Jerusalén contra los infieles, sostuvo la cruz en alto mientras el padre de mi amada, cuyo nombre he olvidado y por eso ello llevo obviándolo desde que empezó mi narración (hacedme un favor, señor Bernat: no os hagáis viejo), expiraba dulcemente luego de haber besado la pesada reliquia, balbuciendo recuerdos brumosos de su peregrinación a Tierra Santa, donde había estado batallando hacía casi veinte años.

Se estableció que en los funerales se vestiría y alimentaría a veinte pobres, se daría dote a quince doncellas desamparadas pero de buena familia, y que la última morada del difunto sería el Temple de París, que era la cabeza de partido de la gran región templaria de Francia y la Auvernia.

Y fueron unas exequias fastuosas, propias de un príncipe. No se escatimó en nada, pues ya habréis notado que hay familias que

prefieren aparentar a tener, como tantos hombres se esfuerzan en parecer en lugar de ser.

Tal vez en este punto debería concluir mi historia, y concluiría si yo hubiese hecho recular mi cabalgadura y me hubiese dirigido al encuentro de la próxima justa al amparo de mi mesnada. Pero en lugar de eso, loco de amor, arriesgando la vida, me colgué de un árbol, del tejado y al fin del balcón de mi amada, cantando la última de mis creaciones:

*Entretanto el ruiseñor canturrea
junto a su pareja, noche y día,
yo me solazo junto a mi amada,
bajo las flores,
hasta que aquel que guarda para mí la torre,
mi compañero el gaita,
grita: «¡amigo, levantaos,
que veo la claridad del alba y el día llegar!»*

Y mi amada, mi dulce Ana Hélène, me miraba riendo, escondiendo su faz tras un pañuelo de aromas perfumados. Y yo le juré amor eterno, y prometí venir a rescatarla de su aciago destino, raptarla al caer la noche del día siguiente. Y allí me besó una última vez, entregándome su pañuelo, prenda de amor, de la que yo aspiré mi locura y mi derrota.

Y así fue como, enfebrecido, no supe ver los negros hilos de las Parcas acechándome, enredándose de mis brazos, de mis pies... En verdad que no hay más ciego que aquel que no quiere ver.

III. Un ingenioso trovador y un descreído van camino de Castilla

Guillem no acabó su narración al ver que su invitado se había quedado dormido y roncaba como un niño, con la boca abierta y la baba corriéndole por la mejilla. Mas despertó Bernat aún de madrugada, y tras una breve colación quiso explicar al trovador las verdaderas razones que lo habían llevado allí. Y comenzó tratando un tema que Guillem nunca haría esperado: la cruzada contra los infieles.

—Los benimerines amenazan de nuevo a la cristiandad. Luego de los almorávides y los almohades ahora son los Banu Marin los dueños del norte de África. Hace años cometieron terribles crímenes y causaron gran mortandad en Jaén, y desde entonces no han parado de soñar en recuperar al-Ándalus. Ahora se han aliado con la taifa de Granada y están desembarcando en la península. Ya han derrotado en el mar a una escuadra de Castilla y a la aragonesa que vino en su auxilio. El almirante Tenorio de los castellanos fue decapitado, y el almirante de Aragón, Jofre Gilabert, tuvo que huir tras ser malherido en Algeciras.

El Conejo explicaba cosas de todos conocidas, como todos sabían que Alfonso XI de Castilla había llamado a la cruzada a los reinos cristianos para combatir a los benimerines y solo había acudido Portugal. Las fuerzas combinadas de ambos reinos en breve saldrían de Sevilla, donde estaban acuarteladas, en dirección a Tarifa.

—¿Y qué tengo que ver yo con esa batalla? —dijo Guillem.

—Bueno... Yo... Yo también he soñado. Los dos debemos ir a Sevilla o adonde se encuentre el ejército que va a combatir al moro.

El anciano sonrió.

—¿Me habéis soñado luchando con vos y junto a los dos reyes cristianos? —preguntó.

—Sí... Bueno...

—¿En batalla campal os veis? ¿De verdad? ¿El mismo Bernat que hace unas horas se declaraba descreído y dispuesto a vivir pero no a morir por principio o ideal alguno? ¿Y dónde está ese asunto de honor del que me hablasteis al conocerme? ¿Qué asunto es ese cuyo celoso guardián es un hombre que no cree en el honor y que se define a sí mismo como degustador de los placeres mundanos?

—Es que... Yo os juro que... Yo... Yo...

Lo cierto es que el Conejo, tan despreocupado como siempre en sus quehaceres y tan dado a improvisar, no había puesto interés en inventar una historia realmente creíble. Ahora se debatía entre la verdad (que no podía contar) y la mentira (que no sabía inventar).

Sorprendentemente, aquello le valió a su interlocutor.

—Debéis saber, señor Bernat, que he tomado una decisión mientras os escuchaba tartamudear. Guillem del Luc os va a acompañar donde sea que esté ese asunto de honor y de esencial importancia que me explicabais. Yo sí os he visto realmente en mis sueños y sé que nuestros destinos son uno. ¿Queréis que acudamos a una batalla? Pues hacia allí cabalgaremos.

»Ah, aún sois joven, pero pronto aprenderéis que una mentira debe contarse de forma más fiel aún que la propia verdad, y debéis ser fiel y consecuente además con el disfraz que llevéis para contarla. Lo real es tantas veces opaco, cambiante o contradictorio que no resulta creíble, pero la mentira debe parecer uniforme y tener cierto olor a ortodoxia que a los oídos de vuestro interlocutor le dará una pátina de autenticidad.

»Ahí va la enseñanza de un viejo: si veis algo claro, plácido y uniforme, necesariamente será una mentira. Tenéis mucho de

bribón, pero sois mal embustero.

Bernat no supo qué responder. Probablemente nadie hubiera podido.

* * * * *

Partieron al amanecer. Guillem obligó a Bernat a quitarse sus ricas vestiduras, sustituyéndolas por un tosco hábito de su propiedad que, aunque limpio y de agradable tacto, resultaba poco vistoso para un hombre de sus gustos e inclinaciones naturales. El anciano, por su parte, decidió vestir en igual forma, con la larga túnica blanca de la Orden de Calatrava, a la que dijo haberse acostumbrado. Sobre ellas se colocaron la armadura y las defensas que todo caballero necesita para afrontar un combate a campo abierto.

Decidieron al poco que en verdad no había demasiada prisa y que más convenía ir a un paso tranquilo, disfrutando del paisaje, sin forzar las cabalgaduras, y que su primer destino sería Toledo. Guillem no quería ir por la línea de la costa y Bernat deseaba complacerlo para no perder su concurso en la venganza del conde. El anciano pareció embeberse de nuevo en sus pensamientos mientras observaba a su compañero de reojo. A Bernat lo embargó un gran temor a que quisiese hacerle más preguntas, a que descubriese su engaño. Para evitar que cayera en estas u otras tentaciones, le señaló en lontananza a una bella pastora que conducía a sus ovejas por la vereda.

—Tal vez podríamos improvisar una pastorella. Seguro que no habéis perdido vuestra habilidad en la poesía.

El viejo negó con la cabeza.

—Yo siempre he cultivado con mayor denuedo el sirventés, y creo que a menudo me he inclinado antes por las invectivas contra los gobernantes que por esos platónicos paseos con campesinas que interesan a aquellos que nunca han tenido oportunidad de hablar con una de ellas una hora al menos de sus vidas. —Y añadió—: Además, si alguna cosa merece la pena señalarse del paisaje que nos rodea no creo que sea esa pobre aldeana, sino acaso el caballero que tenemos a nuestra espalda.

Bernat volvió la vista. Descubrió a un hombre a caballo, de fuerte complexión, vestido con atuendo de batalla, incluyendo casco, espada larga y cota de cuero. Su gesto era poco amistoso, y aun en la distancia su figura le resultó familiar, aunque no terminó de discernir de qué le conocía, pero poco interesado por recordar quién era aconsejó a su compañero que apremiaran a sus cabalgaduras a fin de dejar atrás al bellaco, pues ellos iban mucho más ligeros de peso y difícilmente les daría alcance.

—Oh, parece una decisión coherente —dijo entonces Guillem, con un tono de voz extraño que no pasó desapercibido a su interlocutor—, pero decidme, ¿vamos hacia el norte, hacia esa arboleda de la que emergen esos otros dos bellacos? ¿Acaso hacia el este, descendiendo la loma que comienzan a ascender esos tres? ¿O hacia el oeste, por el claro por el que avanzan no menos de seis de nuestros amigos? Yo elegiría este último. Al fin y al cabo no queda lejos de nuestra pastora y de sus ovejas, y acaso así la muchacha se solace con nuestra frenética carrera.

En efecto, estaban rodeados. Era una situación compleja que requería habilidad y aplomo. Bernat trató de serenarse. El hecho de constatar que su compañero era el tipo de personaje que se muestra ingenioso y voraz ante el peligro no contribuyó a tranquilizarlo.

—¿Tenéis enemigos? —preguntó al anciano.

—¿Quién vive una vida tan vacía y ruin que no se hace enemigos? Tengo un enemigo mortal que ha jurado darme muerte. No sé si algún día me dará alcance. Yo siempre he sido un perdedor, y la historia me olvidará porque...

Guillem detuvo su lengua y levantó la mano, señalando a un grupo de jinetes que avanzaba a galope por el claro, esquivando a las aterradas ovejas y a la no menos aterrada pastorcilla. Con un gesto de rabia, espoleó a su caballo y marchó a su encuentro, gritando para completar la frase que había dejado en suspenso:

—¡La historia la escriben los vencedores!

Luego de mirar en derredor y constatar que más valía atacar de frente dos contra seis que esperar allí solo al resto de sus enemigos, Bernat clavó espuelas y condujo su cabalgadura tras la del viejo trovador, dándole alcance a menos de un centenar de metros de trabar contacto con las huestes contrarias.

—Señor Guillem —dijo entonces, con voz aterrada—, creo que nos abandonó la suerte.

—¡De ninguna manera! —Los ojos de Guillem brillaban fieros, embravecidos, fijos en el próximo encuentro, increíblemente vivos y despiertos ante aquel nuevo reto—. Mirad, nos atacan por norte, sur, este y oeste, son doce en total, y allá donde levantemos la vista hallaremos a uno de ellos con la visera bajada, presto para el combate.

—¿Y...? —inquirió nuevamente Bernat, intentando hallar explicación a su entusiasmo.

—Mi joven muchacho, ¿no lo veis? ¡Estos rufianes no tienen escapatoria!

* * * * *

En la larga historia del combate cuerpo a cuerpo, desde que en las arenas de Roma, armado solo con su lanza y sin escudo ni protecciones, cierto venator derrotara a cinco leones famélicos y despistados, o incluso más allá, en aquellos oscuros combates que se pierden en los mares del tiempo y la leyenda, cuando Ulises y Pirro se abrieron paso desde el vientre de un caballo para pasar a cuchillo a los ebrios troyanos... Desde entonces, o incluso todavía más atrás en el tiempo, en épocas de las que ni los cronistas tienen recuerdo, no hubo enfrentamiento tan sorpresivamente desigual como este que va a narrarse entre Guillem del Luc y Bernat Conejo contra doce desconocidos caballeros, si bien no fueron desconocidos por mucho tiempo.

Comenzó todo el asunto ya de forma poco usual, obviando el habitual cruce de miradas y de invectivas sagaces que tanto place a los más distinguidos caballeros, y así fue porque, a pesar de que los primeros enemigos, los seis que venían por el claro desde el este, se detuvieron y levantaron sus viseras para iniciar las acostumbradas transacciones subidas de tono, Guillem no disminuyó su carrera y cargó pavoroso con su larga rodela en ristre, impactando con sus extremos cabeza y mentón de los dos primeros enemigos, que cayeron prontamente al suelo, inconscientes si no muertos.

Los otros cuatro, como no podía ser de otra manera, decidieron dar por terminada toda transacción y coloquio cortés y sacaron sus espadas y sus mazas, desplegándose en cuadro sobre el pobre y anciano trovador Guillem del Luc, que entre tanto ya había descabalgado, asentado su escudo en el suelo, flexionado las rodillas y sacado un extraño espadón curvo, probablemente herencia de una pasada querella contra los sarracenos.

Atacaron pues simultáneamente al viejo hidalgo los cuatro bellacos restantes, y casi simultáneamente cayeron de sus caballos

entre quejas y ruido de huesos rotos. Solo uno tuvo a bien levantarse del suelo y acudir tambaleante al encuentro de Guillem, pero Bernat, oportuno como siempre, decidió empujarlo con la grupa de su rocín y dejar que sus cascos se encargasen, entre pisotones y quejidos, de quitarle todas las ganas de batallar que aún le restasen.

—El combate se equilibra —dijo, llegando al trote hasta su compañero.

—Hacedme el favor, patán —le chilló Guillem, rojo de ira—, ya que habéis abandonado los ropajes de cortesana, de dejar de combatir como tal. No es digno de caballero utilizar su montura para pisotear a un enemigo indefenso. Si queréis luchar, apeáros de vuestro caballo y guardadme la espalda, y si no queréis combatir, id tras vuestra pastorcilla, pues aún se la ve corriendo despavorida vereda abajo, seguida por las más de sus ovejas.

Herido en su orgullo, descabalgó Bernat prontamente, con los dientes castañeantes y la mirada fija en los siguientes seis bellacos, que se habían reagrupado y que ahora se aproximaban a paso ligero, sin perder empero detalle de sus compañeros, que ahora yacían en el suelo en una extraña mixtura de sangre, barro y brazos y piernas deslavazados. Pudo tomarse tiempo entonces el joven trovador para contemplar a su enemigo y divisó sin posible error la enseña de su comandante, que no era sino el que habían visto cabalgar en soledad mientras conversaban. El escudo que se adivinaba en su montura era, en campo de plata, un león rampante fajado portando una lanza con banderola roja, negra y azul. ¿Dónde lo había visto antes? Bernat rebuscó en sus recuerdos y, sin saber por qué, se le venía a la mente tan solo la imagen libidinosa de las apretadas nalgas de cierta dama en Perpinyà y la sonrisa idiota de su buen gaita, un polaco que... ¡Dios Todopoderoso! ¡Era la enseña de la casa de Perigord!

—¡Perros! ¡Voy a arrancaros el corazón!

Antes incluso de que Bernat se sacase el casco, aquella frase convocó en el presente todos los fantasmas de aquella negra

jornada y cayó de rodillas, pues le temblaban tanto las piernas que era incapaz de tenerse en pie.

—¡Malditos perros! —bramaba ahora Ribel, soltando espumarajos por la boca.

Liberado de su yelmo, el rostro ceniciento y rabioso del señor de Perigord había emergido de su prisión con ojos de alucinado, las babas cayéndole como un torrente de los labios, mientras se mesaba una fiera y poblada barba entrecana.

—Decidle a Raoul de Gavaldà que Guillem del Luc no se amilana fácilmente por unos pocos bellacos. Y que tendrá que venir él en persona si quiere darme muerte.

Guillem, que nada sabía del nuevo giro de los acontecimientos, creía haber hablado con valentía y entereza, y balanceaba petulante su espada árabe.

Ribel se detuvo en seco.

—¿De quién demonios hablas, anciano?

Bernat levantó la voz, reclamando la atención de su compañero.

—Creo que es a mí a quien busca, mi señor.

—No soy vuestro señor. ¿Y qué tienen estos rufianes contra vos?

—Bien, tuvimos unas diferencias de opinión por un asunto y... mató a dos amigos míos. Es un hombre terrible: Ribel del Perigord, el acuchillamoros, un ser odioso, sediento de sangre que...

—He oído que combatió con honor en la batalla de Teba.

—Sí, bien...

—Y que tuvo un papel preponderante en la lucha contra el moro en las últimas incursiones por mar de la flota aragonesa.

—Ya, pero...

—Los monjes de Calatrava decían excelencias de su persona, que había hecho incontables donaciones a la Iglesia y a varias órdenes militares.

—Sí, todo eso es verdad, aunque...

—¿Aunque qué?

Bernat bajó la cabeza. Guillem no era tonto. El tonto, acaso, era él por intentar engañarlo. Respiró hondo. Diría la verdad sin adornos ni perifollos. Si el anciano lo abandonaba a su suerte, podía darse por muerto. No moriría con una mentira en los labios.

—Seduje a la esposa de Ribel y la tomé en el jardín de su propia casa. Nos sorprendió y mató al gaita que debía guardarnos de extraños y a un entrometido que no viene al caso.

Guillem del Luc respiró hondo y volvió la cabeza hacia Ribel, que había pasado del ceniciento al escarlata, inflamado por la ira a causa de la privada conversación entre los dos trovadores, que lo había dejado a la espera, plantado como un imbécil.

—¿Y bien? —dijo Ribel.

—Bernat os ha ofendido, señor Ribel.

—Así es. Y voy a matarlo.

Guillem negó con la cabeza.

—Yo, sin embargo, he jurado defenderlo. Lo he jurado ante mí mismo, pues sé que mi destino está ligado a él y, de alguna forma, solo a su lado alcanzaré el lugar que Dios me depara, por lo que si queréis causarle mal primero habréis de causármelo a mí.

Ribel asintió con la cabeza y volvió a bajarse la visera del yelmo.

—Así sea.

Y se batieron el uno frente al otro en combate singular: por un lado, Guillem del Luc, poeta y trovador de cerca de setenta años; por otro, Ribel del Perigord, de poco más de treinta, soldado profesional, ric home, capitán de los ejércitos del rey Pere de Aragón.

Y fue una lucha terrible, que se extendió a lo largo de no menos de dos horas, entre mandobles y estocadas sin final que tuvieron a los dos contrincantes bailando de un extremo a otro del claro hasta que comenzó a decaer el día.

La luna brillaba desafiante en las alturas cuando se detuvieron por fin los dos caballeros, desfallecidos, apoyando la espalda en el

suelo mientras temblaban de cansancio y resoplaban como dos dragones heridos.

Dijo Ribel finalmente:

—Sois muy noble contrincante, y doy gracias al Todopoderoso por no haber cruzado mi estoque con vos cuando aún erais joven y la edad no os había restado facultades, pues ahora estaría a su diestra, escuchando sus reconvenciones y los muchos e irrefutables argumentos con los que se me habrá de ponderar en el juicio de las almas. Me habéis sorprendido, aunque no sé si gratamente o todo lo contrario, señor Guillem.

—Y vos tenéis el brazo de acero, señor Ribel —dijo el viejo trovador, aún jadeante—. Y si fuese más joven querría teneros en mi mesnada, combatiendo a mi diestra, en lugar de teneros frente a mí, posición que no le deseo a nadie que esté en su sano juicio. Mas creo que nuestro asunto no ha quedado resuelto, aunque me apene tener que levantar mi mano contra un hombre como el que tengo enfrente, siervo temeroso de Dios, valiente y digno de alabanza, máxime cuando es por causa de este Bernat de Carcassona, infame y descreído, patán sin sentido y sin dignidad alguna.

El Conejo estuvo a punto de abrir la boca para defender su causa, pero tal vez porque fuera indefendible o tal vez porque su cuello aún peligraba, decidió callarse y seguir a la expectativa.

—Tenéis razón, amigo mío —dijo, tras un instante de pausa, su contrincante.

Y así terminó el combate. Ayudado por dos de sus hombres, Ribel ascendió a su caballo y dio media vuelta. Se volvió una última vez para mirar a Bernat con aquellos ojos fieros e inyectados en sangre.

—Cuando hayáis conducido al caballero Guillem a su destino, volveré para buscaros y arrebatáros el vuestro. O tal vez antes. No os descuidéis y mirad siempre a vuestra espalda.

Y se alejaron loma abajo, camino del oeste, llevando de las bridas a dos compañeros muertos a lomos de sus caballos y cuatro

más heridos, aún inconscientes, también sobre las grupas de las bestias.

Solo entonces Bernat suspiró aliviado.

* * * * *

Si Guillem del Luc le hubiese dado una somanta de palos, un puñetazo o un pescozón siquiera, Bernat se hubiese quedado más tranquilo, pero no sucedió nada de eso. El viejo trovador se limitó a escalar con gran esfuerzo la grupa de su caballo y a pedirle a su acompañante que no dijese ni una palabra en varias jornadas, cosa que hizo no sin esfuerzo, habiéndose de morder los labios en muchas ocasiones.

La senda proseguía tortuosa y Bernat odiaba estar ocioso, así que se entretuvo en acariciar las crines de Berza, su buen rocín, que había luchado tan valientemente contra los hombres de Perigord mientras su amo Bernat temblaba de miedo. El joven se prometió que tan pronto tuviera oportunidad le compraría unas berzas. Su escaso ingenio le había otorgado tan original apodo al cuadrúpedo por mor de su predilección por las coles de la casa del conde Esteve, en busca de las cuales había penetrado no pocas veces demoledor en las cocinas, llevándose todo a su paso, razón por la cual estaba encerrado sin apenas sustento al fondo de las caballerizas cuando el conde le indicó que cogiese un caballo fresco para iniciar el camino hacia Polpís. Bernat eligió, naturalmente, al incorregible Berza. En primer lugar, por simpatía a su inclinación a no transigir con las reglas establecidas, y en segundo porque el caballo con el que llevaba trotando desde hacía meses por el país de Oc no era de muy noble ascendencia, sino bestia de tiro y arreo.

Cuando llegaron a las afueras de Toledo buscaron una fonda, y al amparo de la noche separaron momentáneamente sus caminos. El anciano fue en busca del descanso merecido a tantos desvelos habidos en el viaje. Bernat, por su parte, fue a la búsqueda de donde moran los hombres de su condición, al abrigo de sus excesos y sus miserias. Estamos hablando, naturalmente, de las tabernas y de los prostíbulos.

El principio de su aventura no había sido precisamente como esperaban, pero no tardaría en empeorar.

* * * * *

En este punto debe hacerse una pausa en la historia, en la narración del viaje a Sevilla (jamás concluido) de Guillem del Luc y Bernat Conejo. Y esto es así porque Bernat, ese joven alocado y sin principios, no pudo mantener por más tiempo su disfraz de persona honrada y entró en una taberna a tomarse una jarra de cualquier cosa que fuese lo bastante fuerte para tumbarlos a él y a su caballo.

Y entonces perdió el sentido. Se olvidó del viaje, de su misión, de su señor el conde y de todos los Guillem de este mundo. Acosado por la culpa a causa de sus fechorías pasadas, enfrentado entre el Bernat que querría ser y el que en verdad era, decidió que el descreído que habitaba en su corazón debía de nuevo tomar el mando de su espíritu para corromperlo hasta la médula. Volvía de nuevo a ser el despojo humano, borracho, fanfarrón y mujeriego que había sido, ese hombre que acaso ya no quería ser y que a través del alcohol llamaba a su puerta. Además, tenía la bolsa bien llena de dineros, su adelanto por gestionar la venganza de su señor Esteve de Florac. Su disposición de ánimo era la ideal para gastarlos a manos llenas.

Así que bebió como solo unos pocos saben hacerlo, sin medida y sin final, como si uno mismo se transfigurase en ánfora de ancha boca y cuerpo cubierto de incontables orificios por los que pudiera escapar todo el vino del universo.

Y jugó a los dados con tramposos y gente de la peor calaña, apostándose la bolsa, la cena, sus ropas y hasta el alma de haberla aún conservado.

Y bailó horas enteras al calor de las hogueras y bajo la sombra de una pareja de ladrones que pendían, pasto de los buitres, de sendos postes, apestando a muerte, con la lengua afuera y los ojos picoteados por los buitres.

Y comió hasta reventar, saciándose de la carne de un jabalí recién sacrificado. Y luego jabalí a la menta, jabalí al cilantro, pastel

de jabalí... Y aunque no dejara de echar en falta en aquella taberna algo más de variedad en el yantar, no por ello dejó de comer hasta que no pudo más y hubo de vomitar para seguir comiendo.

Y fornicó Bernat hasta el alba con fulanas de la peor estofa, y luego de una corta siesta fornicó hasta el anochecer, y luego de hastiarse de nuevo de carne de jabalí, esta vez al anís y al ajenuz, fornicó hasta que amaneció. Y tomó contacto carnal con mujeres jóvenes y hermosas como Penélope el día de la marcha de Ulises, y también menos jóvenes y menos hermosas como Penélope teje que te teje esperando a Ulises, y también mujeres viejas y arrugadas como Penélope cuando regresó al fin el imbécil de Ulises. Y a todas hizo gozar por igual y de mil diferentes maneras mientras sorbía la última jarra de vino, derramada en el suelo, y comía pedazos de jabalí (esta vez con rábanos), y vomitaba, y seguía comiendo y pidiendo más bebida y fornicando con quien fuera hasta perder el sentido. Y no se detuvo hasta notar que los fuertes y huesudos brazos de Guillem lo levantaban del suelo, en el que estaba postrado sin dinero y en harapos como mendigo. El anciano lo llevó a rastras hasta un mullido jergón, donde se hundió en los voraces brazos de Morfeo entre febriles despertares con la visión de un viejo estúpidamente preocupado por un despojo de ser humano que no merecía sino la muerte y nuevas recaídas en las que lo acechaban terribles pesadillas.

En una de esas ocasiones despertó y Guillem le dijo:

—¿Así es como enfrentáis la culpa? ¿Con una degradación mayor? ¿Cómo enfrentareis el nuevo sentimiento de culpa que os abochornará cuando despertéis? ¿Iréis al puerto de Barcelona a venderos como ramera?

Y volvió a caer en el sueño, y en él vio a Ribel desmembrándolo con su espada mientras gritaba:

—¡Vais a morir, perro!

Y despertó gritando, cubierto de sudores, y Guillem le secó la frente con un paño y descubrió en sus ojos un amor y una

misericordia que le hicieron vomitar en su blanca túnica de Calatrava.

Y así pasaron horas, días, amaneceres y ocasos hasta que el rostro de Guillem regresó cada vez más a menudo, tanto que cierto día el enfermo se puso en pie, buscando una túnica para vestirse. Su compañero sabía que Bernat no quería hablar del presente, de los sucesos acaecidos en los arrabales de Toledo, así que decidió sumergirse de nuevo en los territorios cenagosos de la memoria y, evocando el pasado, dio alcance a aquel hombre que conoció una vez a una dama en Pleurs llamada Ana Hélène de Saint Ponç, cuya historia había quedado en suspenso, y en esa hora prosiguió luego de lanzar un largo suspiro.

IV. El pasado. Corinna

Pero basta de llamarla Ana Hélène De Saint Ponç. Hoy, y acaso en adelante, la llamaré Corinna. Todos los poetas tenemos una palabra, un motivo que nos conduce irremisible al ser amado. Ella para mí es Corinna, esa es su senyal. Y es Corinna en mi corazón, en los sagrados versos que compuse para ella y que jamás han visto la luz, huidizos e imperfectos sobre el papel. Esos versos son parte de los pliegues de mi alma y solo en ella pueden leerse. Son unos versos callados, encendidos, que solo fueron para mis labios... Y para los oídos de mi musa. Es la única parte de la historia que voy a hurtaros, mi joven y díscolo amigo.

Como Ovidio, aquel lejano Publio de Sulma de la Roma de la pax augustea, dejé que mis sentidos se hiciesen uno con el ars amandi y compuse las baladas más hermosas, y cada palabra era como ladrillo de adobe para una unión que yo presumía eterna. ¡Oh, qué fatuos y necios somos los hombres! Tomé tembloroso los ladrillos de adobe y construí no una morada para nuestro amor, sino una prisión para mi desolación; no una torre para alzarme y gritar su belleza, sino un cadalso que abrasaría mi cuerpo y me convertiría en un monstruo.

Pero estoy, como siempre, adelantando acontecimientos. Hablábamos de cómo yo, alter ego de Publio de Sulma, atendiendo a las normas del arte de amar, empecé por encontrar a mi dama para luego ganarme los afectos de su criada (aya en este caso), cómo le hice hábiles cumplidos, promesas, y hasta caí de hinojos perdido en un mar de lágrimas, el mar del loco amor. Toda esa

cháchara de los jóvenes como vos de fenhedor, pregador, entendedor y drutz ya estaba en Ovidio, pero oíd bien... Él fue mucho más allá y nos explicó cómo conservar el amor, que es de todos el reto principal. Ya sé que a un hombre como Bernat de Carcassona eso le trae totalmente sin cuidado, pero os equivocáis, y a vuestra magra lista de cuatro estadios debería añadirse un quinto, el de tenedor, el que tiene y mantiene el amor de la dama. Ese, y no otro, que os quede claro, es el mérito capital y superior. Y no me vengáis ahora a decir aquello de que el amor cinco fases tiene: mirada, charla, tacto, beso u ósculo y coito, pues es de necios repetir lo que otros dijeron sin entenderlo, apropiándose de la forma para ignorar el fondo de lo dicho, y el fondo es que en esa frase no se nos habla de amor sino de cópula, y son cosas bien distintas, y en la cópula todo esfuerzo va dirigido al placer del momento mientras que en el amor todo va dirigido a mantener suspendido intacto un sentimiento imposible.

He vuelto a olvidarme de que quería hablaros.

Bueno, lo mismo da, hablábamos de Ana Hél... de Corinna, quiero decir.

Aquel día aún estaba en la casa de su padre, recién fallecido, de cuyas exequias había regresado dos noches antes. Yo no tenía manera de llegar hasta ella si no era arrebatándola de casa de sus padres, y hablé con los hombres de mi mesnada y ellos decidieron entregarse a mi locura de amor como a menudo se entregaban a mis órdenes en la batalla. Así fue como todo quedó dispuesto para el rapto.

El rapto de la mujer amada, como bien sabéis, no es cosa tan indigna como pueda parecer, y en muchos lugares hasta se acepta como mal inevitable sin demasiado pesar, pues ¿cómo si no el iuvenis puede alcanzar una heredad y criar a sus hijos? Si no es por medio de la fuerza no le queda más remedio que ser iuvenis de por vida o casarse con una mujer inferior, opciones que todos preferimos evitar si nos es posible.

Por la mañana hice mandar a través de uno de los míos una carta para Corinna, una carta llena de frases enloquecidas donde la requería en el lugar donde tendría lugar nuestro encuentro definitivo, el lugar donde se la arrebataría a su destino y juramento para llevármela conmigo. Y acudí con diez hombres escogidos a las afueras de Pleurs, en un claro junto al bosque, donde mi dama y su aya acostumbraban a pasear al caer la tarde. Descubrí en la vieja sirvienta una mirada cómplice y vi que llevaba en la mano un pliego de respuesta que me entregó sin más demora, pero ella, mi enamorada, no estaba allí. Corinna, vigilada por su madre, que desconfiaba por causa de los comentarios difamadores y licenciosos de los lausengiers (esos aduladores infames, acusadores pertinaces, que corroídos por la envidia persiguen siempre a los jóvenes para arruinar su felicidad), no había podido finalmente acudir a nuestra cita pues al amparo de una nutrida escolta había ascendido hasta el castillo de Gavaldà, donde tendrían lugar en breve fecha los esponsales con el caballero Raoul, su pretendiente.

Su aya salió tras los portones y me entregó el último pliego y rogativa de mi amada. Apenas recuerdo algunos párrafos de aquella odiada misiva:

Mi bienamado:

Acaba de llegar a mis manos la carta anhelada que me habéis hecho llegar a través de un amigo. Reconocí enseguida por la letra que era vuestra. Me lancé sobre ella y la devoré con todo el ardor de mi ternura: puesto que he perdido la presencia corporal de aquel que la había escrito, al menos las palabras reanimarían un poco su imagen en mí.

Si la tormenta actual se calma un poco, apresuraos a escribirme. ¡La noticia me causará tanta alegría! Sea cual sea el objeto de vuestras cartas siempre me serán dulces, al menos para testimoniar que no me olvidáis.

Debéis someteros a nuestro destino como hicieron Eloísa y Abelardo y aceptar que tendréis mi corazón y no mi presencia, mi carne o mis besos.

Oh, cuánto os amo, Guillem. Cuán desdichada voy a ser sin vos. Pero yo he resuelto obedecer a mi padre y casarme con Raoul de Gavalda.

Es nuestro destino amarnos secretamente en nuestras cartas. Entregádselas como hasta ahora a mi aya, pues ella, aunque pertenece a la casa de mi padre, ha prometido venir a visitarme al menos una vez en semana.

Decidme en vuestra próxima misiva que habéis recuperado la cordura y que acatáis que nuestro amor ha de ser oculto, velado de los ojos de extraños. Si no es así, tratad de olvidarme, pero sabed que yo no podré y esperaré día tras día noticias de Guillem del Luc.

Vuestra para siempre,

Ana Hélène De Saint Ponç.

La misiva de Corinna, perfumada y embriagadora, proseguía comparando nuestro amor a aquel prohibido de Abelardo y de Eloísa, que luego de que la voluntad divina los separase se intercambiaron epístolas durante años y jamás olvidaron la emoción verdadera que los unía. Y no en vano citaba a Abelardo y Eloísa, pues de su correspondencia ella había plagiado con descaro los mejores párrafos de su carta, plagiados a su vez de Séneca por Eloísa. Se despedía Corinna deseándome lo mejor.

Quedó pues frustrado aquel primer intento de raptó y yo maldije a Dios y a varios santos y mártires que tuvieron a bien mandarme como castigo el oprobio, la muerte y la desgracia. Aunque tal vez me ganara todo ello yo mismo, pues todos esos grandes prohombres de la cristiandad son maldecidos en todas partes tanto por ricos homes como por rufianes de la peor estopa, por lo que creo que seguramente no prestarán mucha atención a mi voz desairada y

furiosa, una de tantas, elevándose hacia el lugar de los justos, difuminándose entre el aire helado de la noche y esas negras nubes de tormenta que siempre acechan.

Pero los que me rodeaban me miraban desaprobando mi mal vocabulario, y temo que asustase a la buena aya, que se volvió a sus aposentos a la carrera con gran vuelo de sus faldones.

Rompí la carta, cosa de la que todos los días me arrepiento, e hincé las rodillas en el suelo echándome a llorar como un niño.

* * * * *

Me había vuelto loco, y era feliz en mi locura.

Y así, jornada tras jornada, velaba el sueño de mi vesania perdido en mi arte, componiendo un alba sin principio ni final, canto de dos enamorados que, habiendo pasado momentos de pasión imposibles de recrear con el hastiado verbo, se separan mientras oyen llorar a sus corazones. Y canté mi dolor, llorando yo también la pérdida de mi amada. Y lloré mezclando mis versos con mis lágrimas y volviéndolos a mezclar hasta hacer una nueva balada de mi alba, cuando cada nuevo estribillo creaba una nueva estrofa.

Y como lo mío no es la melodía, así que hice como siempre uso del contrafactum y la tomé prestada de alguien con más talento que yo para instruir a los juglares en cómo deben tañer su instrumento. Pero, os lo juro, mientras en mi cabeza nacían las palabras, luego que en mi cabeza resonaba la tonada, al cabo ya no fue necesario hacer esfuerzo alguno para que la música llegara hasta mí, y a mi vista se apareció un músico, intérprete imaginario de mis ensoñaciones de vihuela (aunque igual fuera uno de esos laúdes modernos), que presionaba suavemente las cuerdas en los trastes para que los sonidos de mi vesania se perdieran en el desierto páramo que me rodeaba.

Pero yo era joven, incauto, impetuoso y necio, un poco como vos, mi joven amigo. Me puse a aullar como un lobo en celo, me mesé la barba y los cabellos, arrancándome mechones a puñados. Caí enfermo, seis días con sus noches, y hubieron de atarme a la cama hasta que aquel diabólico y virulento mal pareció haberse escurrido de mi cuerpo. Por fin, exhausto, acaso de nuevo como vos, joven Bernat, tras revolcarme en las heces del exceso, me levanté del lecho y expuse a los míos mi determinación de entrar en la fortaleza de Gavaldà por la fuerza y rescatar a mi amada. Y aquellos siguieron a su capitán en la locura como lo habían hecho en la

cordura, y yo los conduje a su destino final, como ahora Bernat va a conducirme al mío, casi treinta años después.

Y por hoy es bastante, que veo que estáis cansado y se os caen los párpados, hastiado de mi cháchara de viejo. Dormid pues, que mañana retomaremos nuestro viaje. Dormid ahora que podéis, porque ¿quién sabe lo que nos habrán dispuesto para el día de mañana las Parcas en sus putrefactos hilos del destino?

V. Un ingenioso trovador y su aprendiz van camino de Córdoba

Un nuevo despertar contempló por fin al depravado Bernat Conejo decidido a abandonar su convalecencia y retomar la común odisea que lo unía a Guillem del Luc en pos del rey de Castilla y su lucha contra los benimerines. El soberano era bisnieto de aquel Alfonso X que Bernat tenía tan presente por ser el autor de su libro de cabecera, esa Historia de España que releía a menudo cuando estaba lo bastante sobrio como para no dormirse nada más llegar al catre. Y como lo habían bautizado con el mismo nombre que su famoso antepasado, reinaba como Alfonso XI. Y eran tantas las cosas que tenían en común que también había compuesto el nuevo rey una cantiga en lengua galaicoportuguesa, pero el mundo de la lírica gallega y el mundo de los trovadores occitanos y catalanes tocaba a su fin. Bernat sabía que vivían el ocaso de su forma de vida. Llegaba el tiempo de los trovadores y de la lírica en lengua castellana. Tal vez por eso el destino, que desempeñaba un papel tan principal en sus vidas y en aquel viaje, había dispuesto que dos de los últimos poetas de la tierra de Oc se encaminasen hacia lo más profundo de la península ibérica. Debían componer un epílogo a la altura de su legado, y el Conejo no estaba dispuesto a desatender aquella llamada.

Incorporándose pues de buen talante, pensando en todas estas cosas, estuvo Bernat seguro de que, aunque no sabía cómo, tal vez aquella empresa infame llegaría a buen puerto y él acabaría como su señor el conde Esteve le aseguró: disfrutando de su propia heredad y la vida regalada que pensaba se merecía. Recuperadas

las fuerzas, abandonó sus habitaciones, en las que despertó en soledad, encontrándose en el pasillo con la ajada figura de Guillem, y viendo en sus ojos que ya no habría reproches ni preguntas por las acciones pasadas tomaron la determinación de recoger sus enseres de viaje.

En las cocinas de la fonda, Bernat consiguió cuatro coles, y llevándolas abrazadas a su cuerpo, suspendidas de las faldas de la túnica, las ofreció solícito a su buen rocín Berza, que luego de engullirlas entre sonoros bocados soltó un fuerte relincho de alegría, al que acompañaron otros cuando pudo comprobar que abandonaba su encierro para regresar con su amo al aire libre, en busca de nuevas aventuras.

Le refirió entonces Guillem que había tenido que rescatar a Berza de la hacienda de un proxeneta de los contornos, que afirmaba que el borracho de Bernat se lo había vendido a cambio de un coito breve con una ramera vieja y desdentada y dos platos de carne reseca de jabalí. Luego de mirar reprobatoriamente al muchacho una vez más, le explicó que la estancia de Berza en la fonda no había sido tampoco demasiado señalada, pues la bestia parecía haber tomado prestado el carácter díscolo de su amo, por lo que el anciano se vio obligado a encerrarlo en varias ocasiones tras comprobar que saltaba muros y tapias a discreción para alcanzar los huertos y devorar aquellas plantas que mejor saciaran su apetito, lo cual había disgustado a toda la vecindad. Guillem le aconsejó que se librara de aquella bestia descontrolada a la primera oportunidad que se le presentase. Bernat, por el contrario, encontró aquella historia muy hilarante y buscó entre sus ropas alguna hoja de col que pudiera haberse quedado adherida en el trayecto de las cocinas a las caballerizas, y hallando una en su costado se la ofreció a aquel buen animal, que lo recompensó con un bufido de satisfacción.

Ayudados por el buen tiempo transcurrieron las jornadas sin más sobresaltos ni distracciones, y un tiempo más tarde descansaban ya entre las pasturas de la Villa Real, regalándose un refrigerio a base

de un potaje frío de carne, algo de tocino y brevas de postre. No muy lejos, en el cerro de Alarcos, tuvo lugar la famosa batalla en la que Alfonso VIII casi perdió la vida ante los almohades. Allí nació su obsesión por lavar aquella afrenta, que culminaría con su desquite en las Navas de Tolosa. El mundo siempre estaba en movimiento. Los cruzados habían derrotado a los bereberes almohades en las Navas y allí había comenzado su declive, que habían aprovechado sus hermanos los bereberes de la familia Banu Marin para usurparles el poder y ahora eran ellos los que habían penetrado en la península dispuestos a guerrear con una nueva generación de cruzados. ¿Cuándo acabaría aquel círculo interminable de causas y de efectos, de guerras que provocaban nuevas guerras?

—Me pregunto si algún día se recordará esta época como una suma de batallas entre cristianos y musulmanes —dijo Bernat, sabedor de que la península ibérica era mucho más que eso.

Guillem comprendió el sentido de las palabras del joven. En los seis siglos que duraba ya la Reconquista (y no podía saber que quedaban aún 152 años) habían escaseado las batallas campales. La mayor parte del tiempo la convivencia entre culturas había sido la norma. Con sus problemas, sin duda, pues cada sociedad poseía su pirámide de privilegiados donde el cristiano mozárabe y el judío sufrían si su existencia tenía lugar en el lado musulmán y el musulmán mudéjar y el judío sufrían de igual forma en el lado cristiano, pero incluso los judíos fueron casi siempre respetados y entre las gentes primaba la convivencia. Había escaramuzas a menudo, pequeñas batallas donde se perdía un castillo o se ganaba un valle, pero los grandes enfrentamientos eran temidos por ambos bandos. Clérigos, órdenes militares y nobles estaban demasiado ocupados luchando por los esfuerzos centralizadores de los reyes en el lado cristiano; mientras, los nobles bereberes y los andalusíes tenían sus propios problemas en el lado musulmán, pues cada uno de ellos ansiaba el poder para sí. Las batallas campales estaban hasta tal punto guiadas por el azar, por una pequeña decisión o

deserción o pequeño giro del destino que desbarataba todo el entramado táctico que solo se acometían cuando se había llegado a una situación insostenible como la actual, en la que Algeciras, Gibraltar y Tarifa iban cambiando de bando entre asedios y pequeñas batallas, marítimas y terrestres, y era necesario poner fin a la controversia con un gran enfrentamiento. Y que Dios repartiese suerte.

—Los hombres del mañana nada entenderán de nuestro mundo. No lo entendemos nosotros, ¿acaso ellos serán mejores en desentrañar causas y efectos? Creerán que la historia del mundo es la historia de sus guerras cuando es en realidad la historia de lo que hicimos, soñamos y amamos cuando no estábamos guerreando.

Por una vez estuvieron los dos de acuerdo y rieron de buena gana. Cruzaron el Guadiana de muy buen humor, olvidados todos los pasados desencuentros entre ambos. Para Bernat, a lomos de su buen Berza, fueron las más agradables y reposadas de aquel periplo, pues en ellas, ociosos, redundantes y hasta cómplices (luego de una larga y exasperante discusión acerca de las excelencias del trobar ric frente al trobar clus) se perdieron en un interminable duelo de ingenio, en un joc partit, ese hilarante juego en que dos poetas discuten por asaltos sobre un tema, que empezó siendo el de las mujeres que trovan, las trobairitz, y mientras Guillem cantaba sus excelencias Bernat las denostaba; mas acabaron por terminar, acaso por la misma forma en que se expresaban, retomando la antedicha discusión entre el trobar clus, una forma de trovar sencilla y accesible para todos, y el trobar ric, recargado, abstruso, muchas veces críptico, que parafraseando al propio Guillem: «Es más del gusto de jóvenes como vos, mi buen Bernat, que tratan de esconder la parquedad de sus razonamientos en una carcasa hermosísima y vacía».

Pasaron los días y Guillem decidió que era conveniente dar nuevo descanso a sus monturas, y acaso a sus jinetes mientras hincaban el diente a una sandía que traían aún fresca por haberla

sumergido en un caldero de agua. Ambos estuvieron de acuerdo en iniciar aquel nuevo entreacto, especialmente Berza, que recibió como premio otro par de coles que acarreaba una mula que habían comprado en la Villa Real. Esta, más que bestia de carga parecía cocina ambulante, pues llevaba desde tarros de especias (clavo, pimienta o nuez moscada, entre otros) a hortalizas, leche, huevos y carne de muchos tipos (salvo de jabalí, pues Bernat afirmaba que le daban arcadas solo de percibir en la lejanía su penetrante olor).

Y así, como es bien sabido que la calma precede a la tempestad, dos noches más tarde llegaron a las afueras de Córdoba y penetraron por una de sus puertas, aún perdidos a ratos en sus juegos literarios de joc partit, entretenimientos de poetas que solo a ellos incumben y solo a ellos llenan de gozo, y en ello estaban pues cuando se dio por concluida aquella segunda etapa del viaje con gran felicidad de los dos hombres y los tres cuadrúpedos, entre buenos augurios, barrigas llenas, y risas y gestos de afecto y camaradería.

Sevilla ya no quedaba lejos.

* * * * *

Volvió a amanecer y quiso Guillem que acudieran a la catedral de Córdoba a confesarse. El anciano permaneció desde primera hora de la mañana arrodillado, buscando alivio a sus pecados, él que no tenía ninguno a ojos de Dios y menos en aquellos pocos días que habían pasado desde que abandonaran Polpís, mientras Bernat, cuyas fechorías eran innumerables, paseaba por las calles de la ciudad y pasaba el tiempo en alguna taberna esperando a que comenzara la misa del mediodía, en la que dio alguna que otra cabezada al son de la melodiosa voz del sacerdote.

Luego pasearon por la catedral, que había sido hasta la conquista de la ciudad por Fernando III de Castilla la famosa mezquita, orgullo de los califas y de Almanzor. Ahora estaba siendo reconstruida para su uso como templo cristiano y comenzaba a notarse la influencia del estilo gótico aquí y allá, en esta nave o en aquella capilla. El universo rural de pequeñas iglesias y monasterios tan propio del románico había quedado atrás, y ahora se buscaba en el arte la magnificencia, la grandeza, las formas que se elevan buscando el cielo. Comenzaba la edad de las catedrales, donde el mundo urbano mostraría su poder haciendo que la luz penetrase en sus monumentos a través de grandes y ostentosas vidrieras. ¿Y qué lugar mejor para mostrar la grandeza de Córdoba que una de las grandes maravillas arquitectónicas de la historia de la humanidad?

—En un lugar como este nadie puede dudar de la existencia de Dios —dijo Guillem del Luc—. El hombre necesita de inspiración divina para crear algo semejante.

Bernat se encogió de hombros, pues su alma era ajena a aquella belleza. Aún no había sido transformada en la entidad que en breve habría de nacer para completar esta historia que venimos narrando, y sucedió que precisamente cuando salieron de la catedral, el destino, las Parcas, el azar o lo que sea que mueve los hilos de la existencia humana tuvo a bien tirar del viejo y gastado títere que era

el alma, antes muda e inmóvil, de Bernat Conejo, trovador de la tierra de Oc.

El nombre de la que obró el milagro: Sofía Albornoz y Valdespino. El descreído, cuando la vio salir acompañada de su dueña y de dos jóvenes damiselas (sus primas, sabría más tarde), no pudo menos que quedar embelesado por su belleza, focalizada en sus ojos verdes... Verdes como el mar cuando cae la tarde, verdes como las transparencias imposibles de una esmeralda.

—Dios mío, ¡qué hermosa dama! —dijo Bernat.

Esas fueron las palabras que susurró a Guillem estando aún este último abstraído en la homilía del sacerdote, que había hablado de los padecimientos de Job. Bernat, al no recibir respuesta, necio y concupiscente, incapaz de descubrir ni en sí mismo las señales del verdadero y loco amor, pensó en abordarla con un gesto altanero, con una palabra ocurrente y acaso lasciva, con un requiebro que alabase alguna parte impúdica de la dama, pero al salir a su encuentro, dueño aún en apariencia de su voluntad, sus labios quedaron sellados, y su mirada, baja y temerosa, no se atrevió a levantar los ojos del empedrado, así que se quedó allí, en medio de la plaza, viendo pasar a los viandantes, torpe, perdido y balbuceante.

—¿Qué... me sucede, Guillem? Yo...

Y su amigo, vuelto de sus ensoñaciones con el sufriente Job, lo cogió del brazo y quiso recordarle unos versos de Marcabruno, en la lengua occitana de los trovadores:

L'amors don ieu sui mostraire
(El amor que me ha sido mostrado)
Nasquet en un gentil aire,
(nació en un aura gentil,)
E.l luoc on ill es creguda
(y el lugar donde se eleva)
Es claus de rama branchuda

(está protegido tras poderosas ramas)
E de chaut e de gelada,
(del calor y de la helada,)
Qu'estrains no l'en puosca traire
(para que extraños no puedan darle alcance)

El cuerpo del Conejo era un amasijo de nervios, estaba temblón y desorientado. Escondido en el abrazo de su mentor, se alejó con él calle abajo, intentando discernir la sombra de su dama entre el ir y venir de las gentes de Córdoba.

—Esto no es real. No puede serlo, señor Guillem. Esto solo sucede en las obras de los poetas, en sus sueños, que nacen para dar vida a sus personajes. No son sino fantasmas, mentiras y mixtificaciones que él concibe en su mente para que...

—No luchéis, mi joven amigo, ya estáis infectado de mal de amores.

—No, no, en absoluto —repuso—. La he visto solo un instante y la habré olvidado en una hora, dos a lo sumo, cuando me vaya con una ramera de...

—Vamos a ver, muchacho. ¿Habéis leído al maestro de trovadores Giraut de Bornelh?

—Sí, claro.

—¿Y qué aprendisteis del amor?

—No me tendáis nuevas celadas. El amor entra por la vista y todo eso... Motivos, arquetipos literarios para impresionar a púberes sin experiencia. Yo mismo he usado sus versos muchas veces para que una dama me ofreciese sus libidinosas artes... Y hasta su castidad. Son solo palabras, el amor no existe. No creo en él.

—No creáis. Hasta hace un momento.

—Y no creo ahora. Es que... Yo... Yo solo deseo poseerla, aunque se trata de un deseo más fuerte de lo habitual. No, no, todo es mentira, y definitivamente no creo en lo que estoy sintiendo. Es un espejismo.

Y en realidad no creía. No quería creer. No quería creer que creía. No estaba a dispuesto a creer que creía. Sí, estaba hecho un lío. Seguía temblando incontrolablemente, aquejado de un mal impensado, impensable, imposible y vesánico.

—Y decidme —dijo Guillem, que reía entre dientes—, ¿qué os han parecido los senos de la dama? ¿Llenos y generosos o pequeños, redondos y perfectos? ¿Cómo se insinuaban sus nalgas bajo el vestido? ¿Respingonas y atrevidas o lisas y púdicas como las de una monja de clausura?

Bernat fue a abrir la boca pero calló, anonadado. No había mirado sus pechos ni su trasero, apenas había visto sus ojos verdes y se había perdido en ellos, en el océano de su reflejo, y su olor cálido y perfumado lo había arrastrado más allá de la cordura. Allí no había concupiscencia, solo una sensación nueva. Ni por un instante había pensado en desnudarla, en poseerla, en penetrarla, solo aspiraba a que lo mirase, a tenerla a su lado para poder decir en alta voz (¡en un grito poderoso!) cuanto la am...

—¡Oh, por Dios! —gritó, mientras golpeaba con la fuerza quebrada de un niño el pecho del anciano—. Esto es culpa vuestra, Guillem del Luc. Sois tan apestosamente virtuoso que me habéis contagiado vuestra sinrazón.

—Eso es una tontería.

—No lo es. He aprendido a respetaros. Os debo mucho por cuidarme tras mis excesos de juerga, fulanas, alcohol y carne de jabalí, y por salvarme la vida ante Ribel del Perigord, justamente ofendido a causa de mis excesos cometidos en Perpinyà. Me habéis hecho dudar de si el exceso era el camino correcto y ahora ha despertado en mí este terrible mal, y es así porque me siento en deuda con vos. Me habéis transformado en alguien mejor, alguien que no quiero ser.

Bernat se echó a llorar. Sus lágrimas no dejaban ver sino entre brumas la sonrisa de Guillem.

—Os odio —se atrevió a susurrar.

Pero Guillem no le hizo mucho caso y lo arrastró desde el medio de la calle, donde muchos los vieron discutir, hasta la taberna más próxima. Una vez allí, rodeado de gente de su condición, pidió Bernat el vino menos aguado que tuvieran y recuperó algo su aplomo.

—Piensa en toda la tradición poética griega —dijo entonces el anciano—, e incluso en su influencia hasta el Publio Ovidio verdadero, ese poeta del amor cuyo nombre en ocasiones usurpo. ¿Qué es el amor?

—Oh, callad, me sé bien la lección: nosos y daimon, el amor como enfermedad y como divina experiencia. ¿No hay nada en la vida que no os lleve a algún paradigma literario?

—No. La vida es el reflejo del arte, y no al revés. No para un artista.

Algo dentro del Conejo estalló en una súbita conciencia. Guillem tampoco creía en el amor. Todo era mentira. Los retortijones en el estómago, los temblores, la sensación de náusea... Todo era falso. Y sin embargo...

—Debéis aprender los secretos del amor fou, de ese loco amor que había oído en toda la vida.

Era un conocimiento necesario. Bernat debía creer en él, atragantarse y crecer con su mal y con su divina experiencia y entonces acaso encontraría... ¿Qué encontraría?

—¿Qué encontraré?

Guillem rió de nuevo. Una risa seca, sofocada, una risa triste, la más triste que he oído en toda mi vida.

—A vos mismo, mi joven amigo. Ya os conté en nuestra primera conversación mi intuición y mi sueño. Vos me conduciréis a mi destino, yo hallaré la muerte y la redención, y en mi ocaso surgirá un Bernat distinto, renovado, inmensamente viejo. Un Bernat que tomará mi escudo y buscará su propio destino. Nuestra senda en el fondo es la misma. Podemos cambiar un giro, llegar un día antes o después a Sevilla, emborracharnos hoy o mañana y retrasarnos o

adelantar sucesos, detalles, banalidades... Pero el final está ya escrito.

—Habláis como si estuviéramos ya muertos y...

—No como si estuviéramos muertos —lo interrumpió Guillem, levantando una mano y pidiendo al tiempo una jarra bien llena de cerveza—. El «como» sobra. Ya lo estamos. Desde el día en que nos conocimos, ya no hay vuelta atrás en esta historia.

* * * * *

Como Guillem tres décadas atrás, enfebrecido de amor, Bernat se negó a abandonar Córdoba con el nuevo amanecer. Durante la noche su alma se había transformado, y herida por el «loco amor» era ya incapaz a sustraerse a su embrujo. El anciano no dijo gran cosa, se limitó a murmurar algún párrafo y aforismo brillante que hombres doctos del pasado refirieran sobre la predestinación. Al rato indicó a su joven amigo que se había informado de que la benjamina de los Albornoz y Valdespino tenía por costumbre pasear extramuros, muy cerca de la torre de la Calahorra, luego de terminada la misa del mediodía, donde la conocieran la jornada anterior. Añadió que si Bernat se apresuraba, acaso la encontraría junto a su dueña cruzando el puente romano, terminando su ocioso paseo matutino a orillas del Guadalquivir.

Y así fue que, luego de besar la mano del anciano, Bernat Conejo se apresuró por una de las estrechas callejuelas de la judería hasta dar con la fonda donde el glotón Berza devoraba extasiado un confuso montón de forraje y de desperdicios de las cocinas, entre los que asomaban las amadas hojas de col. Sin tiempo para explicaciones, montándolo con violencia y sin ceremonias, lo condujo camino de la puerta sur de la ciudad mientras su montura esquivaba ancianas y transeúntes; un par de mendigos que, tirados en el suelo, enseñaban con desdén sus miembros mutilados; tres frailes benedictinos; un juglar que, desmayado, gritaba con mal tono y peor voz una cançó de moda sobre el amor despechado y algunos otros desafortunados que no pudo o no supo identificar y que arrojó a empellones de la calzada.

Por fin alcanzó Bernat su objetivo y abordó sin más dilación a la gentil Sofía Albornoz, la más hermosa de las mujeres que han habitado o habitarán este lugar infame en el que transitamos, a guisa de castigo divino, los seres humanos.

—Mi señora...

Pero no pudo decir más. De pie frente a ella, pálido y boquiabierto, se quedó petrificado durante un lapso de tiempo que nadie sabría medir pero que bastó para que su dueña acudiera, dispuesta a ahuyentar al moscón que terminaba de aparecer.

—Oídmeme, caballero, dejadnos en paz...

—Está bien así, Cristel —dijo Sofía, con una voz suave y perfecta, melodiosa y dulce como cuerda de cítara—. Dejadnos a solas.

Si bien «a solas» no era sino una forma de hablar, y la tal Cristel (vieja pasa franca, patizamba, cejijunta y tuerta) quedó observándolos como un búho, abriendo y cerrando su único ojo sano, y tomó asiento a solo unos pasos de la pareja. Bernat, por su parte, a pesar de la intervención conciliadora de la dama, no las tenía todas consigo, y continuaba perplejo, embobado, abstraído, hundiéndose a cada paso más en los fuegos de la pasión.

Fue pues Sofía la que tomó la palabra:

—Estoy prometida con un noble castellano y hemos de casarnos al final de la próxima estación. Es un buen hombre, y mis hermanos, Antifanes y Ganíctor, han hecho un provechoso negocio para nuestras familias con nuestros esponsales. Sin embargo, desde que ayer os vi fugazmente en la catedral, no he dejado un momento de pensar en vos, turbada y llena de pavor pero también de una extraña e indefinible paz y felicidad. Vuestra presencia hoy aquí no hace sino confirmar mis temores.

Pudo el trovador hablar al fin, aunque con la voz pastosa y los labios pesados y secos, como si llevase veinte horas durmiendo, veinte horas de pesadilla y de resaca.

—Es el amor fou, mi señora, midons. Yo no creía ni que existiera algo semejante, pero ahora sé una cosa: no podremos abstraernos a su influjo. Vos sois ya, Sofía Albornoz y Valdespino, la parte primera y más pura de la negra alma de Bernat Conejo de Carcassona.

Durante las dos semanas siguientes, la dama Sofía y Bernat vivieron su amor furtivamente al amparo de su dueña Cristel, que

pronto tomó estima al Conejo, pues vio en sus ojos el fiel reflejo del afecto más limpio y cortés, así como la veneración más profunda y leal hacia su dama. Cristel, pese a su origen franco y su aspecto terrible y ominoso, resultó ser una mujer dulce y buena que amaba a su protegida con devoción y no podía negarle nada. Y así, todos los protagonistas de aquel sainete se sumergieron en ese juego de espejos, de mentiras y de engaños que, siempre e inevitablemente acaba en tragedia.

Y fueron en verdad días arrebatados, de felicidad que parecía no tener final, aderezada por unas mañanas de escauceos furtivos, tardes de febriles desgarros epistolares (en las que Sofía y Bernat dejaban ir las mejores y más preciosas partes de ellos mismos en el papel) y noches en las que por medio de criados, amigos y celestinas se hacían llegar el fruto hecho verbo de su pasión, encendida e inextinguible, que avivaban en la madrugada y en largas noches en vela para luego entregarse de nuevo tras la misa del mediodía a coqueteos y miradas que no pasaban desapercibidas a nadie.

Una mañana, al despertar, Bernat se echó un poco de agua tibia a la cara y salió fuera a refrescarse la garganta en una taberna con algunos amigos que había hecho durante aquel tiempo en la antigua capital del califato. Sofía iba a pasar toda la jornada en una finca en las afueras con sus hermanos, y el Conejo, acaso un poco como chanza, se había puesto de nuevo la túnica blanca del Císter que le regalara Guillem al salir de Polpís. De esta guisa, luego de releer unas páginas de La historia de España de Alfonso X, se paseó de una a otra taberna de la ciudad sin darse cuenta de que lo estaban vigilando.

Ajeno a las miradas de confidentes e informadores, organizó junto a unos amigos que había hecho durante su estancia en la antigua capital del califato una improvisada banda de juglares. Aprovechando que no pocos de entre ellos sabían tocar algún instrumento, se sumergieron en una competición de canto por

parejas, músico y solista, tocándole a Bernat en suerte un tal Bartholomeus de la Glona, que sorprendió a propios y a extraños demostrando gran virtuosismo al órgano portativo, y así, con la mano izquierda accionaba el fuelle del aparato mientras tañía con la diestra el teclado para dar vida a bellos sonidos que se enroscaban de la lengua del Conejo mientras entonaba algunas trovas propias y muchas ajenas.

De madrugada aún proseguía el concurso musical, y Bartholomeus con su órgano portativo y los hermanos Bernardo y Gimeno con sus cornamusas fueron los primeros en destacar durante la segunda fase de la competición. Resonaban arpas y laúdes, vihuelas y zanfoñas, y no faltaron declamaciones arrebatadas de poetas insignes y aún monodias de trovadores amigos de un lado y otro de los Pirineos, aunque fue Moeh Açanna el que arrancara los mayores vítores, tañendo su pandero y sus címbalos.

Finalmente, Bernat y Bartholomeus alcanzaron el tercer lugar, pues vinieron a derrotarlos el dúo formado por Efiartes, un joven hidalgo de Madrid, de voz meliflua y evocadora, y el mismísimo sarraceno Moeh Açanna, que percutía incansable y sudoroso el pandero y los címbalos, formando ambos, Efiartes y Moeh, una combinación insólita que terminó por arrancar los aplausos de la multitud. Asimismo, recibieron mayores alabanzas y reconocimiento si cabe una pareja de músicos de gallegos, Bernardo y Gimeno Fernández, que soplaban con gran sentimiento la cornamusa, llenando de aire el odre que conforma su cuerpo inferior para que resonasen unos tubos que del pellejo emanan con un tonadilla triste y melancólica, que les hizo venir a todos el recuerdo de la niñez y de cuando aún creían en Dios, en la familia, en el honor, la amistad y la esperanza.

—Habéis cantado de una forma maravillosa —le dijo Bernat a Efiartes justo al terminar la competición.

—El año pasado, en Madrid, mientras se celebraban las Cortes de Castilla, perfeccioné mi canto en varias disputas de esta guisa, mas creo que esta ha sido la más reñida de cuantas he librado.

Efialtes era un hombre bajo y algo entrado en carnes, de aspecto anodino, el tipo de persona en quien uno puede no reparar fácilmente, pero su voz había llamado la atención en su villa natal, esa Madrid que en pocos siglos había pasado de ser una fortaleza musulmana de tercer orden a ser una ciudad principal donde en efecto se habían celebrado el año anterior las Cortes castellanas. Esta institución o primitivo parlamento reunía al rey con representantes de la Iglesia, la nobleza, ricos hombres, maestros de las órdenes militares y delegados de algunas ciudades. Todos aquellos fueros y prebendas especiales que las poblaciones habían recibido durante las fases anteriores de la Reconquista cada vez estaban más controladas por los gobernantes, que trataban de recentralizar el poder huyendo de la esfera de lo local hacia lo nacional e incluso lo universal. Sobre todo en Castilla, donde las Cortes diferían en mucho de otras, como las aragonesas, que tenían más atribuciones e incluso capacidad legislativa.

—Nunca he estado en Madrid —dijo entonces Bernat.

—Pues os aconsejo que la visitéis. Es una ciudad que aún no ha terminado de crecer. Siento en mi corazón que el futuro le depara grandes cosas.

Hablando de aquella ciudad que tanto amaba su amigo casi se le pasó de largo a Bernat la hora de acudir, tras la misa, al encuentro de su amada. Así que se vistió con sus ropajes más dignos y ostentosos (los consabidos calzones escarlata, sombrero con oropel de plata y cendal de la más rica seda), dejando su vieja túnica del Císter en manos de sus compañeros de jarana. Efialtes, acaso el más honesto de todos, quiso seguirle la broma y se puso aquellos sobrios ropajes, adoptando un gesto probo y de falsa santidad, continuando luego la diversión y el bullicio sin saber que lo que

hacía era ponerse el disfraz de cordero sacrificial, ofreciéndose a morir en lugar de Bernat de Carcassona.

No supo hallar el Conejo extramuros, por la puerta del puente ni en los alrededores a su señora, midons... La dama Sofía no estaba entre los presentes. Casi había desistido en su empeño cuando vio llegar a la carrera a Cristel, que se detuvo frente a él exhalando gemidos entrecortados.

—Sofía está prisionera en sus habitaciones —dijo, cuando hubo recuperado el habla—. Sus hermanos, Antífanos y Ganíctor, han sido informados de vuestro amor por hombres de Ribel del Perigord. Han interceptado la última de sus cartas y la han recluido hasta el día de sus esponsales. Sus hermanos dicen de vos que sois hombre bebedor, juerguista, casquivano e indigno de mujer respetuosa de las enseñanzas de Jesucristo. Yo me he escapado para rogaros de su parte que abandonéis Córdoba sin demora, pues hemos sabido que han sido contratados sicarios para daros muerte.

Y acto seguido, sin más palabra ni ceremonia, le dio un beso en la mejilla y emprendió el camino de regreso a grandes zancadas.

Bernat regresó lentamente a su fonda, a lomos de Berza, meditando sobre todas estas nuevas y sobre la forma de evadirlas. Pese a todo, no estaba preparado para contemplar a su amigo Efiates tirado en el suelo, con la túnica blanca del Císter empapada en sangre, resbalándole aún escandalosa de la cabeza y oscureciendo el enlosado.

—Unos desconocidos —le explicó Guillem, que había sido el primero en venir a socorrerlo—, le han atravesado el cráneo con un espadazo, sin mediar palabra, y han huido antes de que nadie pudiera reaccionar mientras gritaban: «¡Así mueren los que deshonran a un Perigord!».

Fue aquel el momento que consideró el anciano trovador propicio para explicar el final de su historia, tras apartar a Bernat del bullicio de la taberna y llevarlo aparte. Tal vez quisiera alejar al joven de la desventura del presente, o consolarlo, o acaso pretendía que

tomara alguna enseñanza del pasado de aquel Guillem del Luc que una vez sufrió también de mal de amores, una enseñanza que le sirviera para no repetir el error que lo condenó a un rostro desfigurado, a la soledad y al destierro en un monasterio en Polpís, olvidado del mundo.

VI. El pasado. Final

Volvamos pues al año del Señor de 1299. Yo, Guillem del Luc, estúpido doncel orgulloso e ignorante, había enfermado de amor. Estaba febril y deliraba. Pero al sanar mi cuerpo, la enfermedad seguía aposentada en mi mente, y llamé a los míos para que me acompañasen en singular y desesperado ataque al castillo de mi enemigo, Raoul de Gavaldà, que me había robado con astucia y a traición la presencia de mi amada. Ellos me siguieron como ovejas al matadero, y besaron mi mano y bebieron a la salud de aquel que los asesinaba.

Así, o poco más o menos, había terminado la última vez que os hablé de mis amores con la hermosa Corinna, también llamada Ana Helénè De Saint Ponç. En este punto, pues, debo retomarlos, con los dieciocho hombres de mi mesnada avanzando hacia el castillo de Gavaldà, en el mismo corazón del Languedoc cátaro.

Llegamos a las puertas de la fortaleza y las encontramos cerradas. Nos habían visto ascender por la falda de la montaña y, cobardes, ni siquiera habían salido a buscar nuestras razones, y eso que Raoul contaba con al menos tres veces los caballeros que yo comandaba, además de villanos de sus tierras, asalariados y criados, de forma que bien podría haber formado heterogénea leva de cien auxiliares como clientela para sus caballeros. Pues si bien es indigno de hombre de honor hacer que tus inferiores se te unan en buena lid, no sé por qué estaba yo convencido que Raoul no era sino un cobarde y un falsario, escondido tras de sus títulos, sus propiedades y los portones de su castillo.

Llamamos en vano a los portones durante horas, hasta que volvió la oscuridad, pero como no se trataba de un asedio en el sentido tradicional (no éramos bastantes para mantenerlo) pronto vimos que varios de nuestros enemigos huían a caballo de nuestro acoso y tuve la certeza de que Raoul había ido a buscar la ayuda de castellanos amigos, ricos homes y parientes, para librarse de nosotros. Entonces tuvimos que tomar una decisión y nos sentamos a decidir el siguiente paso, pero un suceso interrumpió la controversia, una voz sucia y desencajada que nos llegó desde lo alto de la muralla norte. No era sino el mismo Raoul, invisible bajo el manto de la distancia y de la noche.

—¡Guillem del Luc!

Me levanté para hacer frente a mi adversario aunque solo fuese con la palabra, engañándome acaso al pensar que una magra victoria retórica calmaría mi dolor en lugar de hundirme más en él, como un platónico disfrazado de sofista.

—¡Aquí estoy, Raoul!

No podía verlo, y sin embargo estaba allí. Era como hablarle a las estrellas.

—Con el amanecer llegarán las fuerzas de mis primos, Xevi Bataille y Xabier Forage. Cuando lleguen, abriremos las murallas y pereceréis tú y los de tu banda, así que harías bien abandonando mis dominios, de los que nada vas a llevarte más que la muerte.

Pero yo estaba sordo, además de ciego, así que repuse con total indiferencia:

—Entregadme a la dama Ana Hélène y marcharé con toda la premura de la que sea capaz.

Raoul rió con una carcajada interminable y rota, que resonaba como un eco del otro mundo:

—Creo que no me habéis oído con claridad, así que repetiré lo dicho: abandonad mis dominios, de los que nada os vais a llevar sino la muerte. Y entre mis dominios se encuentra, claro está, mi prometida, pronto esposa, Ana Hélène De Saint Ponç.

—Raoul de Gavaldà, os conmino, si sois caballero, a que os enfrentéis a mí en combate singular y a que nuestras armas diriman...

Pero Raoul, que tenía poco de caballero, ya no me escuchaba, e intuí que una figura en sombras desaparecía en la noche. Alcé mi puño a los cielos, comido de nuevo por la desazón y la ira. No había más que hablar, así que pedí una escala para encaramarme a las murallas. Los míos hubieron de contener mis impulsos para que desistiera de semejante locura y volvieron a sentarme junto al fuego mientras desde más allá de los muros se elevaban risotadas, comentarios hirientes y los insultos más bajos.

—Debemos marchar y buscar mejor ocasión —me aconsejaron mis compañeros de armas con una sola voz.

Pero yo removía la cabeza, enfermo de cólera y sinrazón, loco de amor, y gemía desconsolado sin que ninguna de mis palabras cobrasen sentido para el oído humano, pues solo eran sollozos e incoherencias nacidas de la vesania.

Las horas pasaron vertiginosas como en un sueño imposible, perladas de angustia y de voces cercanas, pero tan lejanas... e inasibles. Quedé inmóvil, como un títere roto, ajeno al mundo, como si no tuviese siquiera sentido mi existencia sin aquella que movía los hilos que sustentaban mi alma.

Pero los míos no me abandonaron tampoco esta vez. ¿Qué había hecho yo para merecer tanta lealtad? Nada, amigo Bernat, pero sucede que aquellos eran hombres de verdadera honradez y valía, de esos que ya no quedan, y a veces pienso que sois así de ruin y maleable porque habéis nacido en una época de doblez y de apariencias y no tuvisteis oportunidad de conocer a hombres de verdad, y por ello me consideráis virtuoso y mala influencia para el Bernat descreído, hermoso y vacío que una vez, vestido de cortesana, vino a buscarme a Polpís.

Junto a los muros de Gavaldà se quedaron mis compañeros, a mi lado, esperando la muerte, y no exhalaban más queja. Y hablaron la

noche entera de las viejas batallas que acometimos juntos y de todas las que acometeríamos cuando se acabase nuestro asedio, y de lo felices que seríamos cuando tuviésemos una heredad y viviésemos felices entre nuestras esposas, hijos y animales.

Soñando llegó el amanecer, y con él, según lo prometido por Raoul, no menos de cincuenta caballeros y doscientos villanos armados de lanzas y de podones, que llegaron a la falda de la montaña conducidos por Xevi y Xabier, lanzando grandes alaridos.

Pero no fue hasta que se abrieron las puertas de la fortaleza y una docena o más de caballeros y otros cuarenta villanos salieron a por nosotros, resueltos a atraparnos entre los brazos de una gran tenaza cuando me levanté, y cubriéndome con mi yelmo y la loriga me lancé a la carga.

Toda estrategia está basada en el conocimiento o la presunción de que sabemos cómo va a obrar el enemigo y la forma de enfrentarlo. Raoul ni siquiera se había planteado que dieciocho hombres se enfrentasen a trescientos, pero eso fue precisamente lo que sucedió, y la tenaza nunca llegó a cerrarse.

Y se desató el horror.

—A paso de batalla —dije, encomendándome a Dios y cargando contra los villanos, que sabía que eran la parte más débil de la mesnada de mi enemigo.

Pero no hubo batalla, pues los bellacos, cuando vieron que los diez primeros de los suyos caían ensartados como mies hacinada por la horca del campesino, se dispersaron sin más demora dejando a nuestra merced la victoria. Luego de volver grupas y acometer a los caballeros de Raoul, mis valientes, veteranos de mil justas, no tuvieron grandes dificultades en someter a aquellos nobles orondos y tardos cuyas mejillas regordetas brillaban untuosas de afeites de mujer, apestaban a perfumes italianos y no estaban dispuestos a la batalla más que en su imaginación.

Fue una victoria completa, pero aun así perecieron seis de los míos y solo doce alcanzamos el interior del castillo tras la sombra de

Gavaldà, que había huido con sus hombres de confianza al interior de la fortaleza como corre una mujerzuela detrás de una bolsa de dineros.

Recuerdo que habíamos entrado por la puerta sur, ascendiendo por un largo atrio que daba a las dependencias interiores de diferentes edificios del castillo: cocina, almacenes y establos, flanqueados por cuatro torres defensivas. Más arriba desembocamos al patio de armas, donde se encontraban la capilla y dos cisternas, entre otras dependencias, y al registro de todo ello nos entregamos febrilmente, buscando a mi amada.

Uno a uno fueron muriendo mis amigos en combate singular ante los caballeros de la fortaleza, pues en la guardia personal de Raoul no eran cobardes ni afectados, sino buenos combatientes que hicieron pagar con sangre cada estancia del castillo que hollábamos en nuestra acometida. Cuando solo éramos tres supimos por los criados que el señor del castillo de Gavaldà y su prometida habían sido vistos entrando en las bodegas, al oeste del patio de armas, reculando rodeados de sus antiguos siervos, que a lo visto no los tenían en gran estima y nos habían avisado con prontitud, tan pronto asomamos la cabeza por las inmediaciones.

Yo llegué junto a dos de los míos a la escalera que descendía a las bodegas mientras el último de mi mesnada vigilaba las defensas y estudiaba cómo contener el próximo avance de nuestros enemigos.

Allí abajo reinaba el silencio. Avanzamos en la oscuridad a través de una primera bóveda, ciegos, palpando húmedos muros y chocando con los contrafuertes. No vi el primer puñal danzando en el aire, tampoco el segundo, solo oí su silbido arrastrándose ominoso a mi alrededor, como si naciese de las propias paredes. Luego vi a mis dos valientes de rodillas en el suelo, las manos aferrando el odioso mango que manaba de su cuello como serpiente de los cabellos de la medusa. Aún no habían llegado al suelo y ya estaban muertos.

Eché a correr hacia delante, zigzagueando, sintiendo que un nuevo puñal rasgaba mi omóplato izquierdo y atravesaba una de mis hombreras, pero no me detuve y al fin alcancé a mi presa, rodando los dos abrazados por el piso, esquivando jarras rotas y barriles de vino cubiertos de polvo y telarañas.

—Maldito seáis, Raoul, cobarde, luchad como un hombre.

Pero él se deshizo de mi abrazo y huyó entre las sombras. Supe por los gritos de la servidumbre y de mi último hombre, que montaba guardia en el patio, que Raoul había abandonado las bodegas y corría huyendo de su destino. Toqué mi hombro y vi que solo era un rasguño, pero manaba mucha sangre. De pronto me asaltó una idea. ¿Dónde estaba mi dama? Busqué de habitación en habitación, de bóveda en bóveda, hasta que al fin la hallé acurrucada junto a una tapia de mampostería, rodeada de sacos de monedas, muchos sueldos y diners, ricas telas de oriente y delicadas joyas de orfebre... Las más preciadas posesiones de Raoul que, junto a Ana Hélène, había querido salvar en su huida.

—Amor mío, volvemos a encontrarnos —le dije, inclinándome y besándola largamente en la frente.

Ella empezó a temblar, sentándose en cuclillas con sus largos cabellos cayendo en desorden, sueltos sobre su pecho y su rostro, en lugar del casto recogido que llevaba habitualmente. Estaba sucia, su vestido apedazado, cubierto de desgarrones, pero aun así seguía siendo la más bella de las mujeres sobre el orbe. Rompió a llorar, lánguida, sentidamente, un llanto de pérdida que atravesó mi corazón. Yo, como buen necio que soy, interpreté erróneamente sus lágrimas.

—No temas, amor mío. Raoul ha huido y ya nada se interpone entre nuestro amor.

Ella se volvió y me miró con los ojos inyectados en sangre, húmedos de llanto, rabiosos, llenos de un odio sin medida que pensé que iba a engullirme y a enviarme sin mayor intermedio a las miasmas del infierno.

—¿Amor con vos, estúpido y zafio trovador? Yo solo buscaba distracción, aventura, un poco de romanticismo antes de casarme y de que todas esas alocadas pasiones de doncella diesen paso a las obligaciones de ser esposa... ¡Esposa! La mujer de un hombre con posición, un hombre acomodado y que pueda darme los caprichos y la vida que me merezco, y no con Guillem del Luc.

¿Habéis escuchado alguna vez a la mujer a la que amáis pronunciar vuestro nombre con asco, como si fuese una mancha de vómito en el suelo? No os lo aconsejo en absoluto, amigo Bernat.

—Vos, que sois un don nadie —prosiguió la mujer que yo creí que me amaba—, un harapiento, un hombre de la calle, no podéis aspirar a una mujer como yo. Podréis raptarme, preñarme y hasta exigir el matrimonio a mi familia, pero mi amor no lo tendréis jamás —añadió, escupiendo las palabras por si aún me restaba alguna duda.

Yo estaba callado, exangüe. No dije nada. ¿Cómo podría haber dicho cosa alguna? Me había convertido en estatua de sal, como la esposa de Lot, enfrentado a la doblez y la impostura de la pasión, el más grande de los engaños. Ella prosiguió hablando, clavando afilados estiletes con el verbo como un instante atrás su esposo con sus dagas.

—Yo pensé que vos entendíais nuestro mutuo acuerdo, nuestro necio juego; coqueteos, besos arrebatados y un adiós para siempre (para siempre, ¿habéis oído?), un adiós teñido de bellas y verdaderas lágrimas, lágrimas de mujer que abandona la niñez para ser ama de su castillo. Pero vos habéis llevado las cosas hasta el absurdo. Maldito insensato majadero hijo de un macho cabrío, ¿estáis loco? Habéis destruido mi hacienda y habéis humillado a mi prometido. ¿Y si ahora no quiere desposarme? ¿Qué será de mí? ¡Supongo que no habréis pensado que podría entregar de buen grado mi virtud, ni aún menos mi vida, a un pobre iuvenis como Guillem del Luc! —Otra vez empleó el tono de náusea—. ¡Trovador de la tierra de Oc!

Y volvió a ganarle el llanto mientras gemía el nombre de su dueño: «Raoul, Raoul...». De pronto salió corriendo detrás de su prometido, resbalando por el suelo, levantándose y volviendo a resbalar, en alocada persecución tras del hombre de sus sueños, de su salvador.

Y yo seguí de pie, en silencio, mirando el vacío que había tras de mí, dentro de mí, en todas partes. No sé cuánto duró ese nuevo lapso de tiempo, acaso hubiera durado una eternidad, pero de ella me arrancaron los gritos de mi enemigo, Raoul de Gavaldà. Los mismos gritos que la noche anterior me arrancaran de la hoguera junto a los míos.

—¡Guillem del Luc!

Arrastrando los pies, abandoné las bodegas y vi a mi enemigo con su prometida de rodillas a su lado, subido a la torre más alta de las cuatro que emergían del atrio inferior, rodeado de los dos últimos caballeros de la guardia del castillo. No muy lejos vi el reflejo de los almacenes, de los que surgían grandes y cegadoras llamas. Me di cuenta de inmediato de que durante la refriega había estallado un incendio y de que los edificios de las otras plantas, atrio, caballerizas, dependencias varias... Todos estaban en llamas. Mi último hombre yacía muerto al otro lado del patio y la servidumbre huía lanzando alaridos de aquella escena, sacada del infierno de Dante. Y no me importó, pues yo estaba también muerto, acaso más muerto que ellos, pues tenía conciencia de no ser nada, de estar deshabitado y hueco, irremisiblemente, absolutamente, definitivamente.

—Mirad, maldito ladrón —gritaba Raoul—, mirad algo que no podréis robar ni destruir.

Tomó a Ana Hélène del pescuezo y la atrajo hacia sí. Vi un último puñal en su mano y cómo lo acercaba a la carne lechosa del cuello de la muchacha. Solo entonces reaccioné abalanzándome hacia la torre mientras los criados proseguían su huida.

—Por favor, Raoul —me oí gritar a mí mismo—, deponed esa actitud. Ella no...

Pero no pude acabar la frase. De un tajo rebanó su garganta y la arrojó por el hueco de la escalera al piso inferior. Mientras yo corría sintiendo como el fuego lamía voraz mi piel, vi a mi enemigo llegar a la terraza y, encaramándose a una escala que le tendían dos criados de su confianza, descender por la muralla oeste, lejos del fuego y su lengua destructora. No me importó que escapara. Solo quería rescatar a Ana Hélène, ver si seguía viva y acunarla entre mis brazos. ¿Qué más daba lo que hubiera dicho de mí o de nuestro amor? Si sobrevivía, yo podría amarla por ambos. La busqué entre las ruinas apagando mis ropas, que se encendían a cada paso, y al fin hallé su cuerpo joven y frágil, caído roto en un charco de sangre. La besé con reverencia y la levanté del suelo, buscando entre un humo denso y tortuoso la salida, pero nunca la hallé y acabé engullido entre aquellos muros de piedra, entre todos aquellos muebles, arcones y tapices ardiendo, que se consumieron y luego se vinieron abajo sobre Guillem del Luc. Incluso perdí el cadáver de mi amada y busqué por un momento la salida hacia el exterior aullando de dolor, mis cabellos y mi torso encendidos como antorcha embreada. Luego, perdí el conocimiento.

* * * * *

Desperté. Me quemaba la sed, perdido en alucinaciones en las que me veía en una trinchera donde pretendía refugiarme del hedor de los cadáveres que me acosaban desde las llanuras espectrales de mi alma. Pasaron horas inauditas de dolor, de carne que no es carne, de cabellos deshilachados y comidos, muriendo en mechones negros que caen desordenados sobre pedazos de piel moribunda.

Unos peregrinos que iban camino de Santiago se habían detenido en las ruinas aún humeantes de una fortaleza recién abandonada a recuperar fuerzas tras una de las etapas de su largo viaje. Esta fortaleza era la mismísima de Gavaldà. Uno de ellos se acercó en un descuido a los restos calcinados de una de las torres y estos se abrieron para tragarlo como negra y quebradiza lengua de una fantasmagórica garganta.

Desde el fondo del agujero, el asustado peregrino llamó a gritos a compañeros, gritos que se tornaron aullidos cuando descubrió a un muerto a su lado, o al menos eso creyó entonces, mas cuando ambos fuimos izados descubrieron que tres días bajo los escombros no habían podido con Guillem del Luc.

Y me salvé, o no estaría relatándoos esta historia, naturalmente. Tardé mucho en recuperarme, en realidad casi dos años en recobrar por entero la movilidad de brazos, piernas y de todo mi cuerpo, y entretanto no fui más que un ser anónimo comido por el dolor, la culpa y los recuerdos, y en soledad, mientras paseaba por los campos, compuse entregados planys a mis amigos muertos y al amor perdido, pues aunque Ana Hélène fuera una mujer pérfida y sin conciencia, nobleza ni honestidad, el amor que yo sentía era genuino y tangible a mis ojos como un relieve del magistri Antelami, y perdura a través del tiempo como el engaño que fue, impasible y eterno, pues amamos la idea sublime del amor que hay dentro de nosotros, no a la persona amada.

Decidí por fin olvidar toda querrela e intención de revancha y marchar todo lo lejos que fuera capaz. Finalmente, tras hollar durante meses los caminos, me incliné por una estancia a perpetuidad en la fortaleza de Polpís, entre aquellos buenos monjes blancos del Císter y de Calatrava.

Y yo, que siempre había sido en el fondo algo descreído como vos, lo tomé todo como una broma del destino, y lo acaté porque las bromas siempre me han parecido algo muy serio y digno de respeto, y me apresté a envejecer allí bruñendo mi escudo, convertido en uno más.

Muchos años después empecé a soñar con un joven que moría enarbolando mi escudo, derrochando honor ante hombres sin honor, y el sueño cada vez se hizo más nítido y rico en detalles. Entregado a la monotonía de la vida monástica, casi me había convencido de haber perdido la poca cordura que aún conservaba..

Pero entonces apareció Bernat de Carcassona, infame embaucador, ladrón de mujeres y degustador de los placeres mundanos, y resultó que tras sus galas de bufón se escondía el hombre de mis sueños.

Y aquí estoy, esperando la próxima broma del destino.

VII. Dos ingeniosos trovadores camino de Sevilla

Bernat comprendió bien el sentido de la historia del anciano. Quedarse en Córdoba era un suicidio, una desgracia para él, para Sofía, para todos los actores de aquel drama. Aquello solo podía acabar con la pequeña tragedia de la muerte de un Conejo de Carcassona o con una gran tragedia como la que acababa de contarle. Era mejor poner tierra de por medio y no permitir que el loco amor guiase sus pasos.

La mañana amaneció soleada, y Guillem del Luc preparó los pertrechos de ambos y montó a caballo mientras conducía de las bridas a Berza, que masticaba una col con parsimonia cuando descendió de sus habitaciones su amo.

Nadie los despidió en Córdoba. Nadie ni nada, salvo acaso un gran suspiro de alivio que les pareció oír a su espalda cuando abandonaron la ciudad para siempre.

—Es el rumor de la conciencia de los hombres —dijo Guillem, adivinando la sensación que embargaba a su compañero—. Hace mucho que sobramos en esta villa, mi buen Bernat. Ese sonido que oyes es el corazón de las buenas gentes, que temían que la sangre corriese por el empedrado; la nuestra, la de los Perigord o acaso la de algún ciudadano desventurado que pasase por allí. Ahora suspiran todos aplacando sus miedos porque saben que la sangre, cuando corra, lo hará en otros empedrados, en otras calzadas, en las ciudades de sus vecinos. Y la sangre, cuando mana en lontananza, no es tan roja, ni su salpicadura alcanza a ensuciar las vestiduras de gentilhombres.

Pero a Bernat aquellas palabras le sonaron huecas, como las máximas de los sabios. Luego el anciano le habló del amor, del olvido, y de cómo en ocasiones nos conduce hacia la destrucción y el pecado, como a él mismo le había sucedido.

—Oh, callad de una vez —le rogó Bernat.

Sabía que Guillem se había pasado varios días leyendo el Libro de buen amor de Juan Ruiz, un sacerdote que había compuesto un largo poema autobiográfico (entre otros escritos) que el anciano trovador había calificado de obra maestra y acaso lo mejor que leyera en su vida tras El árbol de la ciencia de Ramon Llull, en géneros muy distintos. A menudo, mientras Bernat regresaba a la fonda tras toda una jornada entregado a la búsqueda de la felicidad con Sofía, Guillem le recitaba estrofas enteras de los amores de don Melón y doña Endrina, una de las partes del libro, y le hablaba de Ovidio como casi siempre, del significado del amor, de la parodia de la vida que es el arte y de cómo la vida a menudo se autoparodia a sí misma convertida en un verso de Juan Ruiz, más conocido como el arcipreste de Hita. Mas Bernat estaba harto de todo aquello y no quería entregarse de nuevo a los juegos del anciano, así que decidió alejarse por el camino a lomos de Berza, avanzando en cabeza para no haber de oír las palabras de su compañero de viaje.

Por la noche hicieron parada en un hostel. No habían pasado dos horas cuando un nutrido grupo de fulanas vino a visitar el lugar junto a su proxeneta, que gritaba entre vehementes gestos:

—¡Las mejores ramera y los mejores efecos, amigos míos! Yo, Berenguer de la Bovedilla, proveo de felicidad al mundo por unos pocos dineros que apenas habrán de aligerar vuestra bolsa.

Era el tal Berenguer alto y desgarrado, un rufián medio embozado de parche en ojo que más parecía un bandido que un comerciante de carne y de placeres.

—Putas libidinosas, eso es lo que os traigo —prosiguió Berenguer—. Mientras haya putas y libidos que apaciguar, el mundo

bien puede acabarse y la tierra tragarnos que nada nos ha de importar, caballeros.

Mientras los más necesitados hacían cola en unas dependencias habilitadas para el solaz de los clientes, Guillem se fue con algunos de los mejores y más castos a sus habitaciones, obviando tan gentil invitación. Era aquel hostel lugar de paso de pastores trashumantes, de esos poderosos hombres unidos en el Concejo de la Mesta y que eran otro de los muchos quebraderos de cabeza de Alfonso XI, porque no solo los benimerines preocupaban al rey de Castilla y de León. Había heredado un reino arruinado por los tres tutores que gobernaron durante su infancia, con revueltas nobiliarias y la Reconquista detenida, pero había sido capaz de reconducir la nave, llegar a un frágil entendimiento con la nobleza y poner reglamentaciones a la Mesta, que le exigía nuevas tierras de paso para sus animales a coste de los musulmanes granadinos y exigía también cañadas para el paso de sus bestias a fin de que no dañasen los cultivos de los agricultores. Poco a poco Alfonso XI fue poniendo orden en su reino, y ahora había llegado el momento de que los moros probasen su espada.

Entonces los ojos de Bernat se posaron en un hombre que había llegado junto al proxeneta. Sentado a una mesa, contaba las ganancias de Berenguer de la Bovedilla, aunque a menudo levantaba la vista y miraba al joven trovador con expresión divertida. El Conejo tuvo una terrible intuición y al poco abandonó la cola, lo cual fue celebrado por los compañeros que aguardaban tras él, y marchó hasta donde aquel hombre que contaba las doblas, florines, reales y otros dineros sobre una mesa con expresión relamida y distante. Cualquier moneda le venía bien mientras fuera de oro o de plata de buena ley, y se lo veía concentrado, mordiendo el metal y asintiendo de cuando en cuando, embebido en sus cálculos.

El contable debía rondar los ochenta años, aunque una observación más detenida dejaría su edad en no más de sesenta o sesenta y cinco. Ajado, enjuto y definitivamente incómodo con su

atuendo en paño de vivos colores rematado con un turbante que le tapaba parcialmente el rostro... Un rostro que le resultaba conocido a Bernat. De hecho, casi habría podido jurar que...

—¿Sois vos, mi señor de Florac? —preguntó al extraño, arrebatándole aquel tocado sarraceno.

La sonrisa de su viejo amo el conde Esteve iluminó su rostro, con la comisura de los labios venciéndose cada vez más en un mohín sutil y ladino.

—Vaya, vaya, mi buen Bernat. Veo que llegasteis al final del viaje. Un camino largo y sinuoso según tengo entendido, lleno de sorpresas y de... imprevistos. Amores, batallas campales contra los Perigord y borracheras no pudieron con vos. Me agrada ver que no habéis cambiado por mucho que mis espías me enviaran aviso más de una de esas veces de sus dudas de que alcanzaseis con vida el siguiente día. Hubo quien os daba por muerto antes de hora.

—No sería la primera vez.

—Pero un día será la última. Aprended a moderaros si queréis llegar a una edad honorable, como la mía. —Y añadió—: *Mature fias senex, si diu velis esse senex.* Vuélvete pronto viejo si quieres ser viejo por muchos años.

Pero Bernat no pudo estar de acuerdo.

—Nunca he querido llegar a viejo, no veo nada honorable en acumular años. Siempre he preferido acumular juergas, recuerdos de perfumes de mujer, de un sexo abriéndose gozoso, de un poema pícaro y bien aderezado o de un buen yantar acompañado de un vino fuerte y embriagador. Eso es lo que siempre he creído. Al menos lo que creía antes de ahora.

El señor de Florac levantó la vista de sus dineros, observándolo con renovado interés.

—Así que en verdad habéis cambiado, mi buen Bernat. Hay un deje amargo en vuestras palabras. Cuando os envié a Polpís erais un rufián ganado en desfachatez al que ni las musas del Helicón le hubieran bajado los humos, pero hoy os mostráis distinto, como si

os dieseis a la jarana por costumbre y por obligación, como un condenado expía sus culpas. Ya no creéis en vos mismo, mi buen amigo, y al que no cree en sí mismo lo castiga Dios con ira voraz.

El joven trovador asintió. Sentía por dentro que un nuevo Bernat luchaba contra una hidra de muchas cabezas, y cada cabeza tenía su propio rostro, y cada rostro era el reflejo del Bernat que podría haber sido y no era, y todos venían a su encuentro a pedirle reparaciones, unos enojados, otros tristes y cariacontecidos, todos cansados de una lucha sin fin y sin objetivo. Madurar o morir, una lucha que antes otros habían enfrentado. Aunque en su caso tal vez fuera madurar... Para luego morir de igual forma. Porque Ribel y los suyos habían dictado hacía tiempo su sentencia de muerte.

—No debisteis llevarme ante un hombre como Guillem del Luc —dijo entonces el Conejo—. Ese hombre me está haciendo pedazos. Me estoy volviendo un necio. He aprendido a apreciar cualidades como el honor y la gallardía, me odio a mí mismo por no saber someterme a ellas, por no oír la llamada que se agita en mi corazón, y me he enamorado locamente de una dama sin par en belleza y talento, una dama que yo sé que es como cualquier otra y que sin embargo no lo es. ¿Hay acaso locura más grande que esta?

Pero el conde Esteve arrojó sus monedas en una bolsa y la alojó en su cinto mientras miraba a derecha e izquierda, siempre precavido. Luego se volvió de nuevo hacia Bernat con su semblante de viejo lobo resabiado.

—Supongo que no pretenderéis creer de verdad en todas esas tonterías, ¿no es así, joven cachorro? Os conozco desde que erais un niño, cándido, afable, honrado, de lo mejor que han visto mis cansados ojos. Pero ya entonces erais un cobarde, un perro influenciado y necio, y nunca tuvisteis valor para asumir todos esos elevados conceptos que esgrimía vuestro corazón: honor, verdad, probidad, cortesía... Son solo palabras, pero hombres como vos las hacen verdaderas, al menos los hombres que tienen la fuerza de voluntad para que obedecer a estos magros símbolos y entregar con

ello la vida, pues la vida es la que está en juego, Bernat. ¿En nombre de palabras huecas vamos a jugarnos el pescuezo? ¡No, por Dios! Uno debe ser justo y honorable a conveniencia y un maldito hijo de puta cuando la situación así lo requiere. Me hizo muy feliz acogeros entre los míos cuando estabais desvalido. Vos siempre creísteis que soy vuestro benefactor y que me debéis esto y lo otro... Y me lo debéis, sin duda, mas no porque yo sea un hombre bueno que quiso arrancaros de la vida de pobreza del iuvenis, sin dinero, sin patria y sin propósito. No, me lo debéis porque me encantó compraros, corromperos, desviaros del buen camino, del camino de los Guillem del Luc. ¡Oh, mi buen Bernat, yo admiro a esos santos varones! Los admiro más de lo que podáis imaginar, pero me encanta verlos solamente en las vidas de los santos, en los libros de los clásicos y en las historias de juglares y titiriteros. En vida esos patanes son insufribles, un calvario y una ponzoña para todos los que tienen la desgracia de cruzarse en su camino. Vos ahora estáis sufriendo los efectos de la ponzoña y os debatís gimiendo que podéis ser bueno, justo y benemérito. Pardiez, Bernat de Carcassona, cuando todo esto acabe y estéis en vuestra heredad con dos concubinas en el lecho, entre lujuriosas atenciones y cosméticos fragantes de esos que gustan las rameras de alcurnia, entonces mostraos honorable, escribid un canto a los mártires de la santa madre Iglesia, id a la capilla y decidle al párroco vuestros pecados y que os libere de tan pesada carga mientras os aligera los bolsillos vendiéndoos unas indulgencias. Ahora, sin embargo, es el momento de ganaros vuestra fortuna en nombre del propio interés, dos amos singularmente poderosos.

Ya lo había oído Bernat hablar así otras veces, asomándose con jactancia a las partes más negras de sí mismo, y siempre le había asustado lo estricto de su vileza, cómo lo engullía recubriéndolo de un manto de perversidad que lo hacía sordo a ninguna otra cosa, casi como los clérigos llevan su manto de beatitud y son incapaces de ver más allá de la estrechez de sus normas.

—Y el amor, mi buen Bernat —prosiguió Esteve su demoledor alegato—, el amor de esa dama o de cualquier dama... No vale nada. No me hagáis reír. El alma se acongoja cuando está lista para acongojarse. La dama es lo de menos, es una excusa, como cuando llevamos dos días de ayuno y las frías gachas de una fonda nos parecen las más sabrosas que nunca probáramos y preguntamos con qué se habrán hecho, qué secreto e ignorado ingrediente se ha depositado en su elaboración que las hace tan suaves y perfectas al paladar, y el posadero nos mira con ojos desorbitados, como si estuviéramos locos, porque lo estamos, y nos explica que como siempre, con los restos y los desperdicios de la comida del día anterior. Bernat, ya os lo he dicho: sois un hombre bueno, y el carácter, por medio del corazón, dispone engaños ante vuestros ojos. No lo escuchéis, es mal compañero. Yo hace muchos años ya que dejé apartado mi corazón y mi carácter, soy en cada momento mi disfraz; si me lo quitase, no habría nada debajo que volver a vestir. ¡Expulsad esos engaños que provienen de un alma noble como la vuestra! No estáis enamorado. No sois mejor persona. No sois amigo de Guillem del Luc. Vuestro corazón está listo para abrirse a unos sentimientos que os harán pedazos, ha inventado un igual en la figura de ese anciano majadero y también ha inventado una dama, le ha puesto mil velos translúcidos para no poder contemplarla sino entre neblinas y ha dibujado paisajes maravillosos donde solo hay unas tetas puntiagudas, un trasero respingón, un sexo negro, un cuello largo, una boca grande y unos pies pequeños. Coged cada parte de la dama por separado, alejadla del compuesto final, como hacen los filósofos, y no tendréis más que un trozo de arcilla, o más bien muchos trozos de arcilla. Cuando los miréis, veréis que no había razón para tanto escándalo. El amor no es nada, y nada debe importarnos.

Cuando el conde de Florac habla, todos callan. Bernat bien sabía que de nada serviría objetar a sus argumentos.

—Tal vez tengáis razón. Yo no sé del mundo como vos.

—Ya tendréis tiempo, en vuestra heredad, cuando seáis un ric-home, orgulloso y envidiado por todos, de aprender algo más del mundo. Ahora cumplid con mi último mandato y conseguídmelo que Guillem prosiga su viaje hasta Tarifa, pues el ejército cristiano salió de Sevilla hace un par de jornadas. La batalla se acerca y quiero a ese maldito trovador listo para el combate.

—Así se hará —repuso Bernat.

Y entonces se levantó de la banqueta que ocupaba junto al falso contable, y despidiéndose con una leve inclinación de cabeza dio un paso hacia la cola, donde aún esperaban a que el primer cliente terminase la faena. Pero el señor de Florac lo tomó de una mano.

—Yo os entiendo, Bernat. Nadie admira a Guillem del Luc más que yo, pero no debéis fallarme. Os ruego que no titubeéis. Yo también una vez estuve sin nada, vagando de una ciudad a otra, pidiendo limosna a amigos y parientes, pero era de buena familia y tuve suerte de encontrar a la condesa de Florac, y de que fuese tan vieja y tan avara, tan sibilina y tan lasciva, que nadie de entre los principales de la comarca la quisiese por esposa. Pero yo la desposé, me convertí de nuevo en un hombre poderoso y al poco viudo desconsolado. Muchas veces tuve cargos de conciencia, cada vez que tenía que hundir mis labios en aquel sexo hediondo y baboso pensaba que iba a morir. Pero volvía a despertar por la mañana, siempre volvía a despertar, y un día ella no despertó y yo era uno de los hombres más ricos de la tierra de Oc. Olvidad los cargos de conciencia y la culpa: pasarán. Y cuando todo pase, solo importarán los dineros que tengáis a buen recaudo.

E hizo tintinear la bolsa que llevaba al cinto como muestra y evidencia de sus sabias palabras, convertido de nuevo en el ayudante del famoso proxeneta Berenguer de la Bovedilla.

—¿Me entendéis, Bernat de Carcassona?

—Os entiendo, mi señor Esteve de Florac, antiguamente conocido como Raoul Esteve de Gavaldà. Todo resultará según lo convenido. Nada debéis temer.

* * * * *

Cuando Guillem supo que el ejército de Castilla y de Portugal había salido de Sevilla en dirección a Tarifa decidió seguir su estela, sabiéndose con un par de días de retraso. Avanzaron desde las inmediaciones del Guadalete al puerto Facinas para acabar en la ensenada de Valdevaqueros. Cerca de la peña del Ciervo se hallaban acampando algunas tropas. Desde la lejanía los dos trovadores pudieron contemplar la vanguardia del rey, y más arriba, sobre la línea del horizonte, una almenara que coronaba una alta rocalla. Aquella fortificación, solitaria en medio de la sierra de la Plata, les pareció lejana e inalcanzable, una vigía que dominaba las alturas hasta el estrecho de Gibraltar, siempre atenta, ajena a los vaivenes de los hombres, pues tan pronto eran sarracenos como cristianos los que la tomaban y la usaban para sus fines.

Muy pronto, en el cercano arroyo del Salado, tendría lugar la batalla entre las fuerzas musulmanas, comandadas por el sultán benimerín Abu Al-Hassan Alí y el rey de Granada Yusuf I, y los cruzados cristianos, al frente de los cuales se hallaba Alfonso XI de Castilla y León y Alfonso IV de Portugal. También se hallaban allí muchos eclesiásticos y caballeros, entre los que cabría destacar al príncipe de Villena don Juan Manuel, al que los dos occitanos admiraban por su prosa en El conde Lucanor. Pero Bernat y Guillem nunca lo conocerían ni serían testigos de aquella batalla, que acabaría con la victoria de los ejércitos cristianos y daría un paso más en la Reconquista. El moro no volvería a levantar un gran ejército contra los reinos peninsulares y Granada se quedaría sola como último representante de la sociedad y culturas musulmanas: el último reino de taifas.

El anciano levantó los ojos al cielo, sabedor de que sus ojos no verían el desenlace de aquella contienda. No le importó. No había venido a luchar, sino a terminar con una larga querrela que duraba ya demasiado tiempo.

—Aquí se acaba el camino —dijo Guillem del Luc, deteniendo por un momento su corcel y mirando las olas. Se encontraban en la playa, con la sierra a la espalda y el mar mojando perezoso las patas de sus monturas.

—Aquí se acaba, maestro.

Era la primera vez que Bernat lo llamaba de tal forma y el anciano sonrió con satisfacción. No estaba enojado. Había vuelto la vista y hacía como que no se había apercebido de la tropa que avanzaba por la ensenada.

—Durante tres siglos, los trovadores occitanos hemos sido los más famosos del mundo conocido, pero ya quedamos pocos. En las universidades que han comenzado su camino en el último siglo algún día seremos materia de estudio. Palencia, Salamanca, Valladolid, Lérida... Allí pronto nos convertirán en recuerdos, frases, poemas sueltos en códices, legajos y pergaminos.

Bernat asintió. Hasta hacía unas décadas eran recibidos en las cortes de medio mundo (Castilla y León, Navarra y Aragón incluidas), pero poco a poco su estrella se había ido apagando.

—Así es, señor Guillem. Y es buena cosa que algo se acabe, pues ello significa que nacerán nuevos poetas, nuevas formas de cantar al amor en otras lenguas, en otros reinos.

—Aceptar el final y hasta la derrota no es fácil, pero la vejez te ayuda a entender que es necesario.

Un caballo piafó, pero Guillem no apartó la mirada de aquel que lo había conducido a una celada.

—No os culpo de nada, Bernat —le explicó—. Quiero que lo sepáis. Siempre supe que me llevaríais a este lugar que he visto también en mis sueños. No hay traición cuando la víctima conoce el engaño de antemano. Pero fijaos bien lo que os digo: este no es mi infierno, es el vuestro.

—Yo...

Antes de que Bernat pudiera responder, la tropa enemiga se detuvo a pocos metros de los dos trovadores. La encabezaba el

mismísimo conde Esteve vestido de gala, con yelmo cilíndrico con bandas que se cruzaban formando una corona, cofia de malla metálica, caftán y sobretodo decorado con los motivos y enseña de su casa, amén de gesto de bravura y de casta, rodeado de doce caballeros, sin sirvientes ni campesinos con horcas o con mazas. Los miraba con desprecio y superioridad. A ambos.

—Este es mi señor, el conde de Florac —dijo Bernat sin poder mirar a los ojos a Guillem—, aunque vos lo conoceréis como Raoul...

De nuevo la frase de Bernat quedó en suspenso, pues a la espalda de los hombres del conde vio llegar a un segundo grupo de caballeros. Reconoció esta vez sin esfuerzo la enseña de los Perigord, el león rampante fajado portando una lanza con banderola roja, negra y azul. Ribet iba al frente de diez hombres de su confianza, dispuesto a verter la sangre del rufián que había tomado a su esposa.

No hubo diálogo entre el conde Esteve y su antiguo vasallo. Bernat comprendió que él también había sido traicionado (en verdad el único traicionado era él). Tal vez a eso se refería Guillem con lo de que aquello era su infierno.

Bernat estaba pensando ya en recular cuando Guillem del Luc se adelantó sin vacilación, haciendo lo propio su adversario, el conde Esteve, hasta que se encontraron sobre una pequeña duna.

—Me ha costado casi medio siglo recuperar mi condición, Guillem —dijo el conde—. Tuve que pasar muchas pruebas: casarme, enviudar, heredar, complotar, asesinar y engañar hasta elevarme entre mis iguales y conseguir una heredad como la que me arrebataste. Hoy vengo en representación del rey de Francia a ayudar en la batalla que ha de expulsar al moro de esta tierra. Aunque se trata de una pequeña y testimonial hueste... ¡Actúo en esta hora como representante de un soberano y su embajador! Es mi momento de gloria y quería que vieseis mi victoria antes de vuestra hora final. Os pude matar muchas veces en Polpís o durante

este viaje, pero eso no habría satisfecho mi deseo de mostraros cuán grande es mi figura de estadista y cuán diminuto sois vos.

Guillem soltó una carcajada. Su voz sonó apenada, como si sintiera lástima de su interlocutor.

—Vuestro momento de gloria, vuestra gran victoria, fue cuando tuvisteis en vuestros brazos a Ana Helénè. Las batallas de los hombres, los reyes, los condes, los títulos nobiliarios... Todo eso no vale nada. Pudisteis abrazar y quedaros a la mujer más maravillosa de este mundo. Era vuestra, pues a mí ya me había rechazado. Solo tendríais que haber huido con ella y disfrutar de la felicidad de los elegidos, pero preferisteis degollarla por odio y por despecho para vivir esa existencia patética que acabáis de describirme. Sois el mismo necio que me quemó vivo en Gavaldà hace una eternidad. Sois un pobre hombre, y lo peor de todo es que lo sabéis. Vi en vuestros ojos cuánto me envidiabais hace décadas y veo ahora cuanto me envidiáis hoy pese a que los estragos de las llamas me convirtieron en un monstruo.

El anciano trovador se acarició su rostro masacrado. Mientras, el conde Esteve, rechinando los dientes, hizo retroceder a su corcel. No había nada más que hablar. Eran dos ancianos obsesionados por las querellas del pasado. Allí querían dirimir sus viejas cuitas sin saber qué pobre ganancia obtendrían ambos, pues uno buscaba la redención en la muerte y el otro una fría y desolada venganza.

Y cuando el gallo cantó a la aurora, se dispusieron veinte caballeros en orden de combate. Los doce cruzados perfectamente pertrechados del conde eran ahora veinte frente a un anciano y un joven estúpido y cobarde. Mala correlación de fuerzas, eso lo vería hasta el más ingenuo de los generales, pero no Guillem del Luc.

Se oyó un grito. Un anciano trovador iba al galope, riendo y chillando trastornado, presa del frenesí salvaje de la redención. Bernat sabía lo que estaba a punto de pasar y no iba a permitirlo, y una fuerza superior se materializó, una fuerza más grande que el terror que lo invadía y el miedo a la muerte, una fuerza que venía

del Bernat que llevaba años en gestación y vio la luz fugazmente en ese instante, una fuerza que le hizo sacar la espada del cinto y clavar las espuelas en Berza, que se lanzó adelante, abalanzándose con su amo hacia el sino fatal que Guillem viera en sueños.

—¡Hoy voy a perecer aquí de una hermosísima muerte! — chillaba el viejo trovador, parafraseando a Sila, el gran general romano.

VIII. Epílogo

Resonaban los cascos de los caballos de los dos trovadores. Ambos, como un resorte, habían cargado entre grandes alaridos. Eso no lo esperaba el enemigo, y siendo sincero acaso no lo esperaran ni ellos mismos, pero en esta forma, sin orden ni concierto ni planificación alguna, sucedió que trabaron duro combate contra las huestes combinadas del conde Esteve y Ribel del Perigord.

Los textos clásicos siempre nos hablan de la gloria de la contienda, de la osadía de los estrategas, del honor de caer muerto en justa lid, de la caballería avanzando furiosa contra el viento, de la infantería que resiste con fuerte brazo las más denodadas embestidas, del momento en que se decidió el destino de todas y cada una de las naciones cristianas a manos de un caudillo favorito de Dios. Pero todo eso solo son palabras. No hay gloria ninguna en ver morir a tus compañeros ni en asesinar a hombres que nunca más podrán leer las Cantigas de Alfonso X. No hay osadía en mandar a tus amigos a la muerte o a cumplir las órdenes de asesinar a otros seres humanos. No hay honor en morir ni en convertirse en cadáver, y no tiene nada de poético sino que resulta pavoroso contemplar a los caballos con las crines al viento avanzando hacia ti portando la negra compañera en la mirada; no hay poesía tampoco en que los infantes caigan abrazados a sus tripas, saliendo en desorden de un vientre acuchillado. El caudillo que funda una nación en vida es un ser endiosado y demente que antepone su grandeza a la vida y la felicidad de sus súbditos.

Mas del combate, de la victoria y de la derrota de nuestro pueblo y de nuestra raza somos todos hijos, y esta jornada que referimos no fue distinta a una de esas que los libros de historia ensalzan. Hubo muerte, valentía y cobardía, sangre, vísceras y hombres que se encomiendan a Dios y a su hijo Jesucristo, pero no hubo grandeza ni nada que deba ensalzarse, pues en justicia nada en la guerra o en la venganza puede causar a un alma noble más que desprecio.

En cualquier caso, en el combate estamos, y a su descripción nos debemos en esta hora.

Lo cierto es que el combate empezó bien para los dos trovadores, especialmente cuando Ribel del Perigord, a pesar de toda su fama y prosapia y de la forma en que ya había batallado con Guillem en una ocasión anterior, fue sacado por los suyos del campo de batalla con un feo corte en la pantorrilla. El anciano había tenido la ocasión de estudiar sus movimientos en su anterior enfrentamiento, de tal forma que al primer encuentro lo había herido con su espada curva sin dificultad, cayendo su caballo al suelo sobre su pierna derecha, de forma que el del Perigord quedó aullando de dolor hasta que casi inconsciente fue retirado, como ya se ha dicho, por los suyos.

Solo fue el comienzo de la gesta de Guillem del Luc. Impertérrito, fue haciendo rodar cabezas y extremidades al compás del palpar de su espada mora, en medio de poderosos mandobles y el crujido inconfundible de huesos rotos y astillados, emergiendo desgarrados muñones donde antes se aposentaba un antebrazo y su guantelete.

A su lado peleaba el otrora descreído e infame Bernat Conejo de Carcassona, ambos batiéndose con movimientos gráciles y felinos, juntos en la hora final como juntos habían estado en aquel viaje que iniciaran en Polpís. Poco después, el caballo de Guillem cayó a sus pies herido de muerte, y él saltó protegiéndose tras su lomo de un espadazo certero. Tras él yacía Berza, acuchillado en la cabeza y rendido varias escaramuzas atrás, luego de patear a no menos de tres de la mesnada de Ribel, cuyo olor debió reconocer y no

pudiendo, como su amo, substraerse a sus más bajas y belicosas inclinaciones. El anciano trovador acarició las crines de ambos corceles y sonrió al verlos levantar sus pezuñas y dejarlas caer una, dos, tres veces, piafando en sueños, mientras iban camino del Elíseo de las bestias o de algún lugar en que los animales puedan descansar de los excesos y las locuras de esos necios bípedos que los esclavizaron hace miles de años.

Cayó el último de los hombres del Perigord atravesado por una lanza que Bernat tomara del suelo mientras esquivaba golpes y cuchilladas que le caían de todos lados, rodeado por dos parejas de enemigos. Acudió Guillem en su ayuda, abrazándolo y atacando ambos a la par, elevándose de sus bocas un alarido triste y melancólico, como sonido de gaita o de cornamusa, y fueron heridos en el abdomen y en la espalda, pero se revolvieron y derrotaron a seis de sus adversarios, ensartándolos en un mar de hojas de acero que callaron sus voces para siempre.

Y así, fueron solo dos hombres a pie malheridos frente a cinco caballeros dispuestos en círculo a su alrededor. Los lideraba el conde Esteve, que rechinaba los dientes incapaz de creer lo que estaban viendo sus ojos.

El anciano trovador sacó la rodela de debajo de los lomos de su caballo fallecido y la hincó en el suelo, protegiendo así la espalda. Sonreía hacia su alumno, y Bernat le devolvió la sonrisa, pues a nadie le gusta morir solo. Se colocó tras el escudo, tal y como Guillem lo había visto en su sueño, convertido en un hombre, luchando y dispuesto a morir por sus ideales. Ya no era el doncel vestido como cortesana que había acudido a engañarle al monasterio de Polpís. Había tenido por dos veces ocasión de huir en medio del tumulto del enfrentamiento y se había quedado luchando hombro con hombro con su compañero. El amor lo había transformado, tal vez el amor hacía Sofía, tal vez otro tipo de amor, el que nace del respeto y que ahora Bernat Conejo sentía hacia Guillem del Luc. Sea como fuere, terminando de cerrar la imagen

que había visto Guillem en sueños, el otrora descreído trovador levantó el escudo y se preparó para combatir.

Hubo un instante en que todo se detuvo. Guillem estaba exhausto y cubierto de sangre y todos se maravillaban de la resistencia del anciano, que terminaron atribuyendo a que era un favorito del Señor. Fue solo un instante, ya se ha dicho, un lapso minúsculo e invisible, un adarme de infinito, con sus enemigos igualmente inmóviles, maravillados por la visión del ahora. Luego, de pronto, Bernat de Carcassona dio un paso al frente y atacó a su antiguo amo, el infame Raoul, Esteve, conde de Florac o señor de Gavaldà, pues era eso y muchas otras cosas.

El Conejo alzó su espada y esta se detuvo en el aire otro instante imposible, otro lapso magnífico... Pero allí se quedó mientras Bernat soltaba un gemido de sorpresa y caía al suelo con un dardo clavado a fuego en el ocularium de su casco, el asta que sobresalía de la abertura observando la expresión consternada de Guillem del Luc. Mientras tanto, el Conejo se debatía preso de los estertores de la muerte.

El anciano se volvió para ver cómo aparecían a su diestra, descendiendo de la sierra, al menos treinta ballesteros que, por sus maneras diestras y su profesionalidad, le parecieron de la comarca de Anjou. Cargando de nuevo sus diabólicos artefactos con astas lengüeteadas atravesaron las corazas y el pectoral de Bernat, que rebotó sobre la arena de la playa, emitiendo un sonido gutural, un suspiro sordo y extenuado. Ni siquiera volvió su único ojo hacia su compañero de armas en aquella hora aciaga y se quedó como un cíclope mirando el cielo, que comenzaba a oscurecerse.

—Ya basta de batallar, Guillem —dijo el conde—. Creo que me place más que caigáis sin honor, tirado como un perro, atravesado por un centenar de saetas.

El anciano trovador soltó un bufido y dejó caer su espada sarracena a un lado. Un charco de sangre se estaba formando a sus pies.

—No iba a permitir que me sorprendieseis como la última vez — prosiguió Raoul Esteve mirando a Guillem del Luc mientras propinaba un puntapié en la cabeza a su antiguo protegido, provocando que se le desprendiera el casco y mostrando a un Bernat que lo contempló con su único ojo desde el estupor de la muerte.

Y añadió el bellaco:

—Una vez me quitasteis lo que más amaba. No hablo de la estúpida de Ana Helénè, sino de lo que más amo en este mundo, que son mis privilegios y mi posición. Yo os mandé a este joven sabiendo que aprenderíais a amarlo porque siempre fue como vos, demasiado bueno para este mundo indigno en el que hemos venido a penar nuestros pecados —dijo, bromeando y degustando su tan esperada victoria—. Así que estamos en paz, vos me robasteis lo que yo amaba y yo os quito lo que aprendisteis a amar en este viaje.

El anciano negó con la cabeza.

—Sois un rufián, siempre lo fuisteis. Y no, no estamos en paz. No habrá paz mientras ambos estemos en el mundo de los vivos.

Raoul rió con una risa seca, de ultratumba.

—Sea.

Guillem recogió su espada y, haciendo acopio de sus últimas fuerzas, acudió al encuentro de su enemigo primero a paso tranquilo, luego a paso ligero y por fin a la carrera. Estaba a no más de un suspiro de su oponente cuando los ballesteros cargaron sus diabólicos artilugios.

Y Guillem del Luc bramó:

—¡Maldito seáis, Raoul, cobarde, luchad como un hombre!

Pero el señor de Florac volvió a rechazar la invitación y ni siquiera se tocó la espada que llevaba en el cinto, que acaso no era para él más que punzante adorno. Y sus hombres vieron que se emocionaba, pues Raoul amó y odió siempre a partes iguales al trovador Guillem del Luc. Lo odiaba por haberlo dejado en la ruina y obligarle a venderse como prostituta a la condesa de Florac, y lo

amaba porque era un hombre extraordinario, valiente y magnífico, todo lo que Raoul nunca tuvo fuerzas ni valor para ser. Los hombres arteros, odiosos e infectos no lo son porque no sepan apreciar la grandeza, sino porque como bien quiso explicarle a Bernat en el hostel días antes no saben asumir los costes de la virtud, unos costes tan elevados que se vuelven mal pagadores de las buenas acciones primero, denostadoras de ellas después y embaucadores de los que las persiguen más tarde. Al final acaban siendo el reflejo oscuro de lo que podrían haber sido: el reflejo oscuro de un caballero.

Y el señor de Florac alzó una mano, la señal que esperaban los ballesteros para disparar. Dicen que lo oyeron balbucir mientras sollozaba:

—Disparad al pecho, caballeros. El corazón de Guillem del Luc es un blanco inmenso. No podéis fallar.

FIN

Sigue en instagram a Margaret Hacklename para estar al tanto de lanzamientos y ofertas gratis

Instagram: Hacklename

TETRALOGÍA DE NOVELAS HISTÓRICAS DE MARGARET HACKLENAME

- Venganza en Hispania.
- La magia más antigua.
- El reflejo oscuro de un caballero.
- La batalla de Túnez contra el pirata Barbarroja.

(Aunque protagonizadas por una misma familia, pueden leerse en cualquier orden)

Las novelas de Margaret Hacklename también se pueden conseguir en papel en Amazon.

Novela histórica a precios populares.

No te las pierdas